

10.001

El secreto de una madre

(Drama)

Gil

MODISMOS

DE

DICCIONARIO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GENERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLERO

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno **43**—Precio: **2** reales
(Contiene los pliegos 127 á 129)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

MADRID

EL SECRETO DE UNA MADRE.

DRAMA EN TRES ACTOS Y UN PROLOGO.

Escrito en francés por *MM. Alboize y P. Foucher.*

(Arreglado al teatro español por *D. I. Gil.*)

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL DIA 5 DE AGOSTO DE 1845,

ACTORES.

MARGARITA.	Doña C. CORCUERA.
AMELIA.	Doña T. LAMADRID.
CLARA	Doña C. PARRA.
MIGUEL.	Don J. ROMEA.
GUSTAVO.	Don F. ROMEA.
CÁRLOS.	Don M. ARGENTE.
MARQUÉS.	Don E. NOREN.
RAVENNES.	Don L. PEREZ.
UN OFICIAL.	Don G. UZELAI.
FRIQUET.	Don M. FERNANDEZ.
JUAN.	Don N. N.
UN SECRETARIO.	Don N. GARCIA.

Dos COSTURERAS Y SOLDADOS QUE NO HABLAN.

PROLOGO.

El teatro representa un cuarto modestamente amueblado.--Puerta al foro y laterales; á la izquierda, una ventana.

ESCENA I.

MARGARITA, *sola.*

Está sentada trabajando al lado de una luz. Empezá á rayar el día.

Las siete cerca y Carlos no ha vuelto!.. Esta noche me ha cansado el trabajo mas que las otras... sin duda habrá sido porque he hecho reflexiones mas amargas... Carlos me engaña... no pasa las noches trabajando como dice... Es imposible!.. no gana nada... Yo, todo lo he vendido por nuestra hija, y no sé cómo componerme si él no me trae hoy la cantidad necesaria para la nodriza... Dónde

está Carlos, Dios mio!.. qué hace? (*apaga la luz*) Oh! quiero aguardarle... yo no puedo estar mas tiempo en esta cruel incertidumbre... Aqui está ya.

ESCENA II.

CARLOS, MARGARITA.

CARLOS, *aparte.*

Maldita suerte!.. Cada dia me dá peor! (*alto*) Qué veo?.. Margarita!.. levantada ya?

MARGARITA.

He pasado la noche aguardándote.

CARLOS.

Por qué has hecho eso? ya sabes que detenido á veces hasta muy entrada la noche por mi trabajo...

MARGARITA.

Sé que desde hace seis meses hay en tu conducta un misterio que me importa penetrar.

CARLOS, *aparte*.

Qué es lo que dice? (*alto*) Pero Margarita...

MARGARITA.

Escúchame, Cárlos. Dos años há, era como hoy día una pobre menestrala, pero vivía contenta y feliz porque mi conciencia estaba tranquila!.. Te ví despues y te amé... En el día soy madre, y mi hija aun no lleva el apellido de su padre.

CARLOS.

Ya te he dicho que los papeles necesarios para nuestro casamiento...

MARGARITA.

Oyeme, Cárlos. (*se sientan*) Como ya te tengo dicho, antes de conocerte fui prometida á otro... Miguel, un honrado y virtuoso menestral... Deseando perfeccionarse en su oficio, para enriquecerme algun día, salió á recorrer la Francia, contando con mi cariño; y yo he guardado con él un culpable silencio, pues esta carta en que le confieso mi situacion, mi amor á otro, está todavia aqui. (*la coje de encima de la mesa*) Me falta el valor cada vez que pienso que he de sonrojarme delante de mi compañero de niñez, delante de un hombre que me ha guardado su fé, que estaba pronto á llamarme su esposa; y esta noche mientras me hallaba sola, regando la labor con mis lágrimas, esperándote ansiosa, se fijaron involuntariamente mis ojos en esa carta, y...

CARLOS.

Entiendo... y dijiste: con él hubiera sido feliz, y por el contrario, con Cárlos...

MARGARITA.

Oh! no, te equivocas, Cárlos; no creas que estos son cargos que te hago; pero una vez que tú no quieres hablar, voy á decirte lo que pienso, porque todo lo he adivinado.

CARLOS, *aparte*.

Qué oigo! sabrá acaso?..

MARGARITA.

Tú has trabado amistad con personas que te distraen de tus deberes, de tu trabajo, y te meten en gastos que tú no puedes hacer... Hay uno sobre todo, uno llamado Ravens, al cual no conozco mas que de nombre, ni he

visto jamás, porque se oculta de mí... y que aborrezco de muerte, porque estoy cierta de que es él quien te induce al mal.—Oh! no sé porqué tengo el presentimiento de que ese hombre ha de perderte, Cárlos.

CARLOS, *aparte, levantándose y retirando su silla*.

No sé que contestarla. (*alto*) Margarita, nadie me distrae ni me separa de tí... Verdad es que tengo disgustos, malos ratos!.. pero si quieres que te hable con franqueza, algunas deudas contraídas antes de conocerte, ciertos gastos superiores á mis medios en tiempos en que yo era solo, gastos que absorben hoy todos mis recursos, y que me hacen temer verte en la estrechez, en la miseria...

MARGARITA, *sentada siempre*.

Qué escucho? es esa la causa de tu tristeza?... la estrechez, la miseria!.. Y qué me importan si las paso contigo! (*levantándose*) No sabes que eres tú lo que mas amo en el mundo? no eres el padre de mi hija, mi único apoyo, mi único afecto? Acaso ignoras que al ser tuya juré amar en tí, hasta tus defectos si los tenias, porque conocí que tu corazon era bueno, tu alma jenerosa?

CARLOS.

Margarita, eres un ángel!.. y yo... yo soy muy culpable!

MARGARITA.

No cesajeres así tus yerros, querido Cárlos! Conozco por qué será tu pesar mayor en este momento. Te habrás acordado que hoy es el día en que debiamos enviar la cantidad señalada para nuestra hija...

CARLOS.

Gran Dios! el mes pasado no pude traerte nada, y en el día mas pobre que nunca... Ah! es preciso que hoy mismo á toda costa...

MARGARITA.

Tranquilízate, yo me encargo de cubrir esa atencion.

CARLOS.

Pero, cómo?..

MARGARITA.

Hace un mes que paso las noches trabajando.

CARLOS.

Pobre Margarita!.. Pero el importe de tu trabajo no será bastante tal vez, y entonces...

MARGARITA.

Tengo otros recursos.

Cuáles?

CARLOS.

MARGARITA.

Acaso le faltan nunca á una madre cuando se trata de su hija? (*aparte*) Sí, esta cruz de mi madre... la única memoria que tengo de ella... Oh! no importa... con tal de no alijirle...

Dá algunos pasos.

CARLOS.

Dónde vas?

MARGARITA.

A buscar ese dinero para nuestra hija... pero me voy contenta! porque tú me amas siempre, no es verdad?

CARLOS.

Oh! mas que á mi vida.

Váse Margarita.

ESCENA III.

CARLOS, *solo y sentado.*

Cuánto amor! cuántas virtudes!.. Pobre Margarita!.. si ella supiese que un noble devorado de todas las pasiones de su clase, se culta bajo este traje con el que me he disfrazado, no solamente para hacerme amar de ella, so para ponerme á cubierto de las pesquisas de mis acreedores, y de la cólera de mi padre... Qué diferencia entre su amor tan puro, tan destresado, y el cariño venal de esa mujer á quien insensatamente entregué mi corazón antes de conocer á Margarita!.. Ah! no sé cómo esta mañana pude contener mi indignación al ver en casa del usurero de quien fui á mendigar un préstamo, el aderezo que absorbió los últimos restos del caudal de mi madre!.. (*Entiéndose*) Oh! á pesar mio alargué las manos hácia él para hacerle pedazos, y sin el momento de terror del usurero, le hubiera purizado bajo mis pies... Pero á falta del dinero que el judío Nataniel me ha negado, necesito otros recursos... Doce mil libras perdidas juego bajo palabra!.. Oh! si pudiese volver para las sumas que debo, tal vez tendría resolución suficiente para romper con esos compañeros de desorden, acreedores y casi cómplices míos, con ese Ravennes á quien temo... y al que sin embargo necesito, porque solo en él tengo todavía esperanzas!

ESCENA IV.

RAVENNES, CARLOS.

RAVENNES.

Cárlas!

CARLOS.

Eres tú!

RAVENNES.

Sí: no ha vucto aun?..

CARLOS.

Margarita?.. no.

RAVENNES.

Déjame ver si me sigues... tienes tal empeño en que no me conozca.

CARLOS.

Tu traje, que no es el de la clase á que ella cree que pertenezco, descubriría nuestro secreto, y la revelaría mi nacimiento.... Pero eso es decir que la has visto?

RAVENNES.

Sí, hace un instante, en casa del judío Nataniel.

CARLOS.

Y qué iba á hacer allí?

RAVENNES.

No sé... á vender una joya... una cruz.

CARLOS.

La cruz de su madre!.. por nuestro hijo sin duda... Ah! buena Margarita!.. ese rasgo es digno de tí... Pero y tú á qué ibas?..

RAVENNES.

Yo... es otra cosa... yo no iba á vender sino á tomar...

CARLOS.

El qué?

RAVENNES.

Este aderezo.

Se le enseña.

CARLOS.

Infeliz... le has robado?

RAVENNES.

Robado!.. te sirves de unas espresiones...

CARLOS.

Pero, cómo es que el aderezo de mi antigua querida se halla en tus manos?

RAVENNES, *aparte.*

Respetemos sus debilidades... necesito dinero... (*alto*) Te explicaré el misterio: vengo de recoger estos brillantes de casa del judío, por orden de tu ex-Princesa.

CARLOS.

Pero yo tenia entendido que se habia deshecho de ellos.

RAVENNES.

Vender sus brillantes... bobería! los habia dado á montar de nuevo... (*movimiento de impaciencia de Carlos*) Escúchame... no tienes paciencia... yo sabia que necesitabas dinero á toda costa.

CARLOS.

Sí, á toda costa.

RAVENNES.

Viendo agotados todos nuestros recursos, y no sabiendo á qué santo encomendarme, se me ocurrió la idea de dirigirme al seco hermoso. Fuime á ver á tu beldad jubilada, y la fui animando de los mejores sentimientos respecto de tí... la pinté tu desesperada posicion... y lo que mas la ha conmovido sobre todo, ha sido que he tenido el descaro de decirle que te hallas en vísperas de recojer una pingüe herencia... al oír esto, no ha podido resistir mas; y como el dinero contante es jénero que escasea algo en su casa, me ha encargado que fuese á recojer este aderezo á la de Nataniel, y te lo entregase.

CARLOS.

Qué dices?

RAVENNES.

La verdad. (*aparte*) Toda mentira necesaria debe ser verdad.

CARLOS.

Ah!... no sé qué presentimiento me dice que no debo aceptar esos brillantes.

RAVENNES.

Como gustes. Si no te conviene, nada me cuesta volver á llevármelos.

Dirijese hácia la puerta.

CARLOS, *deteniéndole*.

No, no, nos valdremos de ellos, puesto que no hay mas medio de salvacion; por satisfacer á esos miserables á quienes quedé anoche debiendo, daria hasta la última gota de mi sangre.

Síntase abatido.

RAVENNES.

Guarda tu sangre que, aunque no intento yo menospreciarla, no vale cuarenta mil libras, y este aderezo las vale. Qué remedio? No nos queda otro asidero. Tu padre, furioso contra tí desde que despreciaste el rico casamiento que habia negociado en tu favor, te busca por todas partes para mandarte encerrar. A mas de esto goza de una salud tan insolente, que

no parece sino que no piensa en que le han de heredar!... Tu crédito!... estamos en la estacion de los hielos y neblinas, y se ha helado con ellos... mi amistad!... ciertamente, eres acreedor á ella como el que mas... y yo te la consagro toda entera; pero no hay forma de acuñarla... es moneda no reconocida por el Gobierno... No hay mas medio pues para salir del apuro que vender este aderezo... y disponer de las cuarenta mil libras, tomando tu doce mil para pagar tus deudas; otras doce mil yo, para satisfacer tambien una deuda de honor, y con lo restante...

CARLOS, *levantándose*.

Con lo restante aseguraré la suerte de Margarita?

RAVENNES.

Qué es lo que dices?

CARLOS.

No lo has oido?

RAVENNES.

Si tal, pero tienes otros mil medios mejores de emplear ese dinero, en nuestro comun interés, aun cuando no fuese mas que el de facilitarme los medios de pasar á América al lado del Conde, tu primo, que se halla en Santo Domingo.

CARLOS.

Siempre con la misma tema.

RAVENNES.

Es que veo en ella tu tabla de salvacion

CARLOS.

Un pariente que nó ha salido de Santo Domingo, á quien jamás he visto y que me conoce.

RAVENNES.

Pero es millonario, tu padre le conoce... le vió en América... y acompañó á su esposa hasta Francia.

CARLOS.

Que murió al poco tiempo de ir á París, dejando á cargo de su familia el hijo que habia traído á Francia por motivos de salud, lo cual fue causa de que rompíramos relaciones con mi primo.

RAVENNES.

Razon mas para volver á nudarlas... escribe en el acto á ese digno pariente, y yo me encargo de llevarte persona la carta. Por tí me espatrio y dejo Francia. (*aparte*) Por miedo de que ella me legue á tener guardado mucho tiempo.

CARLOS.

Jamás me atreveré á declararle...

RAVENNES.

Pues bien, no le hables de tu situación. De mi cuenta corre abogar por tu causa allí mismo... No tienes mas que escribirle cuatro renglones recomendándome ficazmente.—Qué? todavía dudas? me negarás esa prueba de confianza?... Entonces busca quien venda este aderezo por tí.

CARLOS.

No, no... te daré lo que pides. (*aparte*) Me tiene en su poder!

RAVENNES.

Alguien viene, según creo... es Margarita!

CARLOS.

Sí, oigo su voz al pie de la escalera.

RAVENNES.

Salgamos por aquí.

CARLOS.

Oh! quiero verla un momento... darla las gracias por su nueva prueba de cariño.

RAVENNES.

Pero no tenemos que vender el aderezo?

CARLOS.

Toma, llevátele.

RAVENNES.

Estás en tí?... llevar encima los objetos, es dar á creer que uno se halla apurado; voy á hacer el trato á nombre tuyo, y así no tendré rebozo en pedir mas. (*aparte*) Y no me comprometo en caso de que fueran mal dadas.

CARLOS.

Date prisa... ya está aquí!

RAVENNES.

Pero, y la carta?... no olvides la carta.

CARLOS, *empujándole.*

Bien, bien... será lo quieras.

Vase Ravnnes por la puertecilla de la izquierda, Margarita sale por el foro.

ESCENA V.

MARGARITA, CARLOS.

MARGARITA, *aparte, y saliendo precipitadamente.*

Él era el que me seguía!

CARLOS.

Querida Margarita!.. te aguardaba para darte buenas noticias... el sacrificio que acabas de hacer por mí, será el último; no temas ya por tu suerte. Ves este aderezo?

MARGARITA.

Un aderezo!.. ah! te han traído trabajo?

CARLOS.

Sí, sí, eso es, trabajo!.. Toma, guárdale, Margarita; voy al taller y volveré corriendo á buscarle.

MARGARITA.

Trae, trae.

CARLOS, *aparte.*

He estado á pique de descubrirme. (*alto*) Margarita, ha llegado el día en que pueda recompensar tus virtudes... hasta despues.

MARGARITA.

Hasta despues.

ESCENA VI.

MARGARITA, poco despues MIGUEL.

MARGARITA, *sola.*

Ah! respiro!.. se ha marchado! así no se verán si viene... era él, Miguel, mi compañero de infancia, le he conocido, y él tambien á mí, porque apreté el paso... Dios mio! que le diré si viene?... él que ignora... él cuyo cariño he pagado tan mal!.. Pero creo que suben... oigo pisadas... cielos! él es!

MIGUEL, *saliendo.*

Margarita! ah! bien sabia yo que no me habia equivocado! Gracias á Dios que os encuentro al cabo de tres meses de buscaros por este picaro París.

MARGARITA.

Despues de tres meses?

MIGUEL.

Sí, ese tiempo hará que dí la vuelta, despues de haber ido á probar fortuna por toda la Francia, contando con vuestro cariño; pero bien dice el refran, «que á muertos y á idos..» parece que en París se pierde pronto la memoria... año y medio sin escribirme!.. os creia perdida, enferma, ó muerta... qué sé yo?... El caso es, que sin encomendarme á Dios ni al diablo, me he puesto en camino para París con mi amigo Tormenta que ha venido á dar un abrazo á su madre, á quien quiere mucho, y dije para mis adentros: «si Margarita está todavía en este mundo, yo la descubriré.» y ya veis que he cumplido mi palabra... Pero dejadme que os vea y os mire á mis anchas... que os diga, claro y sin rodeos, que el gozo no me cabe en el cuerpo... Y vos, no me decís nada?... Qué es esto?... se os habrán ido las palabras por el mismo camino que las cartas!..

es este el modo que tenéis de recibir á vuestro amigo, á vuestro novio?

MARGARITA.

Es que... perdonad, Miguel... la alegría, la sorpresa!.. no me aguardaba hoy... á estas horas. (*aparte*) Qué le diré...

MIGUEL.

A estas horas! pues la hora no me parece muy intempestiva; y ademas, euando dos se quieren bien, y han estado separados mucho tiempo... A nó que... Sabeis lo que se decia por allá, por donde yo estaba, euando veian que nunca escribiais?... contaban que os habiais vuelto otra... que estabais aqui hecha una Señora, y que gastabais mucho tren... como les sucede en el dia á otras del pueblo, y los compañeros me decian: «Miguel, tu has venido á probar fortuna y hacer dinero; pero muchas veces, lo que uno adelanta por esos mundos, lo pierde en su casa, y lo que allí se pierde, no vuelve nunca...» Pero yo les contestaba, aunque no sabia vuestro paradero: «Mentís, por vida de quien soy!» Y tenia razon, porque estaba seguro de que habia de encontrar á mi Margarita tan pura y tan juiciosa como la dejé.

MARGARITA, *aparte*.

Desventurada!

MIGUEL.

Ahora, decíedme, por qué no me habeis escrito?

MARGARITA.

He tenido tanto que trabajar...

MIGUEL.

Con que tanto trabajo, eh?... pues os habeis hecho rica?... Habeis querido juntar dote?... Como si nosotros los pobres necesitásemos eso para amarnos... para ser felices... Nosotros no buscamos mas dotes que las del alma... Pues si habeis hecho dinero, maldito si se conoce, la verdad sea dicha! (*mirando el cuarto*) Qué habeis hecho de vuestros muebles, tan aseados siempre y tan lustrosos... en otro tiempo, á buen seguro que no hubieseis tenido estas malas sillas, ni esta mesa tan fea...

Acércase á la mesa donde está la carta.

MARGARITA, *adelantándose, y aparte*.

Cielos! que no vea mi carta!

La esconde en el canastillo de la labor.

MIGUEL, *aparte*.

Ha escondido un papel... Qué significa esto?... Si tendrían razon los otros?... oh! no, es

imposible!.. (*alto*) Margarita, vamos elaros, habeis experimentado alguna desgracia, mientras yo he estado fuera?... Os habeis visto en algun ahogo?... Seriais capaz de habérmelo ocultado, y de haberos rodeado de privaciones, euando sabiais que yo estaba ahorrando para vos, y que no me faltaba nada?... Oh! eso hubiera estado mal hecho... muy mal hecho... y no os lo perdonaría nunca.

MARGARITA.

No, no, os engañais; mis muebles, los muebles que me dejó mi madre, están ahí dentro, en mi cuarto.

MIGUEL.

Si? veamos. (*dá un paso para entrar y Margarita hace un movimiento para detenerle*) Ah! disimulad. (*aparte*) Oh! aqui hay algo que no quieren que sepa; pero yo lo sabré.

MARGARITA.

Miguel!

MIGUEL.

Qué hay?

MARGARITA, *aparte*.

Si Cárlos volviere.

MIGUEL.

Qué se ofrece?

MARGARITA.

Miguel, amigo mio, perdonad si os echo de aqui... pero espero á unas personas... á unas Señoras respetables que me traen labor.

MIGUEL.

Pues no soy vuestro novio?

MARGARITA.

No importa... si os encuentran aquí... tan de mañana... ya veis...

MIGUEL.

Sí, ya veo que se trata de que tome la escalera cuanto antes, y me voy. (*aparte*) Pero yo deseubriré.

MARGARITA.

Mañana, si quereis, podeis volver á la misma hora y os hablaré.

MIGUEL.

Bien está... mañana. Quedad con Dios, Margarita. (*aparte*) Antes de mañana lo sabré yo todo.

MARGARITA.

Hasta la vista, Miguel.



ESCENA VII.

MARGARITA, *sola*.

Oh! me faltaba el valor para decirselo hoy. Es tan noble... tan sencillo!.. De aqui á mañana tendré tiempo para prepararme, para avisar á Carlos y pedirle consejo... Ah! este aderezo... voy á guardarle en mi cuarto... la visita de Miguel me ha turbado de tal modo... Ah! aqui está la llave de mi armario.

Entrase en el cuarto de la derecha.

ESCENA VIII.

MIGUEL, *abriendo la puerta del foro*.

Se fue por adentro... en ese canastillo ocultó el papel... veamos si por él puedo saber... *(coje la carta que escondió Margarita)* Qué es lo que veo?... una carta para mí... Oh! entonces bien puedo leerla... *(rompe el sobre y lee)*— Qué es lo que he leído?... Margarita infiel! Margarita de otro!.. Oh! infame! Voy ahora mismo... *(dá algunos pasos hacia el cuarto y se detiene)* Necio de mí! qué voy á hacer?... Acusarla! maldecirla! cuando ella misma se acusa y se maldice en esta carta; se confiesa culpable y me pide perdon; y sin embargo, el que ella ama es un artesano como ella, no mas rico que ella, no mas feliz que ella!.. Este si que es un verdadero amor!.. y en el dia es madre, y vá á unirse con el padre de su hijo... No puedo enfadarme ni quejarme... Hacerla cargos, obligarla á sonrojarse delante de mí, seria prueba de mal corazon... No la diré nada; ya he tomado mi partido, y sé lo que me resta que hacer. Aquí viene.

ESCENA IX.

MIGUEL, MARGARITA.

MARGARITA.

Miguel!

MIGUEL.

Si, soy yo otra vez, Margarita! yo, que vengo á despedirme de vos.

MARGARITA.

A despediros? pues qué, partis otra vez?

MIGUEL.

— Si, voy á emprender... un viaje... un largo viaje... necesario á mis intereses... y á mi salud.

MARGARITA.

Pero, por qué es esa súbita resolucion?

MIGUEL.

Por qué!.. mirad, no me he atrevido á confesároslo hace poco... Pero, la verdad sea dicha, yo conozco que el casamiento no me conviene, ni á vos tampoco... *(movimiento de Margarita)* Oh! yo bien sé que no siempre he hablado así, pero despues he reflexionado y... nuestro jénios no se vienen!.. Es decir, el vuestro nó, el mio; en fin, mirad, vale mas que yo me marche; ademas que es cosa decidida.

MARGARITA.

Miguel, no os entiendo; pero una vez que esa resolucion es formal, seguidla. Quizás algun dia sereis mas dichoso con otra mujer... mas digna de vos.

MIGUEL.

Dichoso!.. oh! ya no lo será nunca!.. mas bien es por vuestra dicha por la que importa que nos separemos.

MARGARITA.

Qué quereis decir?

MIGUEL.

Oh! nada, nada, Margarita, no vayas á tomar esto por queja; si me marchó de Francia es gusto mio... Cada uno tiene sus inclinaciones.

MARGARITA.

Miguel, si Dios os ha inspirado separaros de mí, ha hecho bien sin duda, pues vos debéis hallar en otra parte la felicidad á que sois tan acreedor; y yo debo darle gracias de que no me améis ya.

MIGUEL.

Yo!... no amaros ya!.. yo que no tenia apego á la vida mas que para vos! que no la detesto ahora mas que por vos... yo que solo deseo morir desde que me habeis vendido.

MARGARITA, *corriendo al canastillo y levantando la labor*.

Oh! todo lo sabe.

MIGUEL.

Oh! lengua maldita! se me escapó!.. Yo que no queria apesadumbrarla, que queria marcharme y pasar el tramujo yo solo. Pues si, Señora

ra, he leído esa carta en que me contabais vuestros cuidados, vuestro amor hacía el padre de vuestro hijo... la reparacion que esperais de él, y al momento he determinado irme á enganchar de marinero con mi amigo Tormenta, á ver si una bala rasa me envia pronto á ser pasto de los peces.

MARGARITA.

Oh! Miguel, Miguel! qué decis?.. no hagais tal cosa.

MIGUEL.

Quereis que me muera aqui de pesadumbre si no? Oh! creedme, mejor es que me marche.

MAAGAITA.

Escuchadme, Miguel; una vez que quereis alistaros, pensad en una vida gloriosa y no en la muerte. Oh! cualquiera que sea mi falta, la idea de vuestra pérdida seria mi mayor remordimiento.

MIGUEL.

Pero no sois vos la que tendria la culpa; es ese hombre que me ha robado vuestro corazon! mirad, cuando pienso en él, quisiera tenerle aqui para tratarle como voy á tratar á los enemigos... Que venga, que venga aqui ese cobarde.

ESCENA X.

DICHOS, CARLOS *en el foro.*

MARGARITA, *con temor viendo salir á Cárlos.*

Oh! callad, callad, Miguel.

MIGUEL, *que está vuelto de espaldas á la puerta de entrada.*

Teneis razon; yo soy el cobarde en insultar á un ausente... Bien mirado, él tenia derecho para amarnos como todo el mundo, y si quiere reparar sus yerros, si quiere dejar su nombre á su hijo, empezando por casarse con la madre... qué sé yo? mirad seria capaz de alargarle la mano y decirle: me habeis quitado mi tesoro, pero os lo perdono, si sabeis estimarle en lo que vale como yo, haciéndoos amar de tan noble y virtuosa joven... Al arrancármela á mí, su prometido, la habeis privado de un firme y seguro apoyo; sedlo vos en mi lugar... De rodillas os lo ruego, si es preciso! Haced feliz á Margarita, es vuestro deber y debéis entenderme...

CARLOS, *acercándose.*

Os he entendido,

MARGARITA.

Cárlos.

MIGUEL, *dudando.*

Señor mio...

CARLOS.

Me habeis ofrecido vuestra mano, y vacilo tanto menos en tomarla, cuanto que he sido testigo de vuestro noble desprendimiento, y estoy decidido á cumplir á todo trance el deber que me legais.

MARGARITA.

Amigo mio!

CARLOS.

Sí, sí, á todo trance serás dichosa, Margarita!

Ruido de una cancion en la calle.

MIGUEL, *que ha ido á abrir la ventana durante el coro.*

Tormenta y los compañeros que entonan la cancion de viaje; voy á hacer coro con ellos... Ea, no hablemos mas de esto, y haga mi patron San Telmo que seais dichosos.

CARLOS.

Salgamos juntos; quiero pasar á vuestro lado el mas tiempo que pueda para estar seguro de ser ya siempre hombre honrado.

MIGUEL.

Pues bueno, ea; mereceis ser amado de ella.. Adios, Margarita, adios!

ESCENA XI.

MARGARITA, *sola.*

Miguel!, corazon noble y magnánimo!.. Se marcha... Ah! tan jeneroso sacrificio... Cárlos se hará digno de él!.. Pero ya ha cerrado la noche... (*enciende la luz. Toque de campanas que continúa por intervalos hasta el final.*) Ese toque de campanas... Ah! estamos en la noche de Navidad. Dios permite que esta noche que yo temia pasar tan tristemente empiece para mí con la esperanza... Pero oigo los pasos de alguno que sube por la escalera... Será Cárlos ya?.. No, no es él... Un caballero!.. se habrá equivocado sin duda.

ESCENA XII.

El MARQUÉS, MARGARITA.

MARQUES.

Sois vos la que os llamais Margarita Fortier?

MARGARITA.

Si, Señor. (*aparte*) Qué me querrá?

MARQUES.

Escuchadme! (*siéntase*) Vá en ello vuestra fortuna y vuestra libertad.

MARGARITA.

Mi fortuna... mi libertad... Qué significa?

MARQUES.

Escuchadme, os digo... Yo soy el jefe de una noble familia cuyo esplendor quiero sostener, arrojando, si es preciso, los peligros que en el día amenazan en Francia á nuestra clase!.. Tengo un hijo, único heredero de mi nombre y de mis títulos... Este hijo indigno hasta aquí de la ilustre casa que algun día debe representar, ha disipado locamente el caudal que le dejó su madre. Indulgente y mas débil tal vez de lo que un padre debe ser, le he puesto por precio de mi perdon un enlace brillante y ventajoso que le llamará á ocupar en el mundo y en la corte el lugar que su nombre reclama; pero él se ha negado. He querido conocer los motivos de tan absurda resistencia, y he sabido que olvidando su linaje se ha ido á enamorar de una muchacha del pueblo, de una menestrala... Sí, he sabido que comprometía á la vez su porvenir y su nombre, obedeciendo á las sugestiones de esa mujer que ha sabido apoderarse de él, y que cuenta ya con un caudal y un apellido ilustre para su hijo...

MARGARITA.

Su hijo!... pero que quiere decir todo eso, Dios mío!...

MARQUES.

Esto quiere decir que mi hijo es ese Cárlos que viene aquí todos los días.

MARGARITA.

Vuestro hijo!... Cárlos!... él!... él!... hijo de un grande!... entonces estoy perdida!... Oh! pero eso es imposible!...

MARQUES.

Vos conoceréis su letra sin duda?... Leed estas cartas dirigidas á su padre...

MARGARITA.

Sí, sí, su letra es!... Oh! ahora lo comprendo todo.

MARQUES.

Sí, Cárlos es mi hijo, y la mujer que ha acabado de perderle y arruinarle sois vos!

MARGARITA.

Yo!... yo!... Qué? no son bastante las desdichas que venís á revelarme, si no que añadís el insulto?... Arruinarle!.. vos sin duda no ha-

beis echado una ojeada al sitio donde os hallais?.. Yo habitaba este cuarto, Señor, el día en que ví á vuestro hijo, que jamás ha sido á mis ojos mas que un pobre artesano; el día en que por primera vez me habló de amores!... Pero en este cuarto reinaba entonces el orgullo y la holgura... Conservaba todavia los muebles de mi madre!... Todo ha desaparecido!... porque yo no he admitido de vuestro hijo sino el funesto amor que me pierde... Hace muchos meses que paso las noches trabajando para pagar á la nodriza de mi hija... Esta mañana, esta mañana misma, no habiendo podido reunir, á pesar de mis afanes, la última cantidad que necesitaba para ella he tenido que vender la cruz de mi madre!.. Sí, Señor, el único objeto que me quedaba de ella!.. la he vendido á vil precio para mantener á mi hija! Y ahora, Señor, decid... oh! decid, si soy yo la que arruina á vuestro hijo?

MARQUES, *levantándose, y aparte.*

Este lenguaje!... oh! sí... no es de ninguna de esas mujeres despreciables... (*alto*) Margarita Fortier, siento que mis prevenciones me hayan hecho juzgaros injustamente; pero tened entendido que el nombre de mi hijo no le permite, so pena de rebajarse, otro enlace que el que hasta el día se ha obstinado en desechar.

MARGARITA.

Le ha desechado!.. Oh! luego es verdad que me ama?... me ama!

MARQUES.

Demasiado quizás, por mi desdicha; mas vuestra union con él, es imposible... Creedme, aceptad los beneficios que vengo á proponeros... Una pension para vuestra hija y vos fuera de París, de Francia, si es preciso... Y no me obliguéis á sostener por medios dolorosos, el honor de mi nombre, al cual sacrificaría mi vida y la de mi hijo, si fuese necesario!... el honor de mi nombre que vengo á defender aquí.

MARGARITA.

Y yo, á mi vez, Caballero, rechazo vuestros beneficios que son una ofensa!... No he aceptado de Cárlos el artesano mas que su amor, y no aceptaré de Cárlos el caballero mas que un nombre para mi hija!... porque, aunque nacida del pueblo, tengo tambien mi honor, y se lo sacrifico tambien todo,

MARQUES.

Ah! hé ahí el lenguaje y las ideas que empiezan á cundir en el día entre las jentes del

pueblo... Hablais de honor, Margarita Fortier... y ese honor os hace reclamar ahora el nombre de Carlos, rico é ilustre, el nombre que no os dabais tanta prisa á cesijir de Carlos el artesano.

MARGARITA.

Qué osais decir! defiéndeme, Dios mio , defiéndeme... ven á probar á este hombre si lo que yo anaba en Carlos era su nombre ni su riqueza.

Ruido dentro.

MARQUES.

Pero, qué ruido es este?... oigo subir precipitadamente.

ESCENA XIII.

DICHOS, CARLOS *en el mayor desorden.*

CARLOS.

Salvadme... Salvadme!...

MARQUES.

Carlos!

CARLOS, *reparando en el Marqués.*

Estoy perdido!... Cielos, mi padre!

MARQUES.

Sí, yo que vengo á castigar á un hijo culpable!

CARLOS.

Sí, sí... dadme la muerte!.. no haya piedad! porque estoy deshonrado.

MARGARITA.

Qué dices?

CARLOS.

Esechadme... El infame Ravennes que me ha conducido al precipicio, me hizo admitir esta mañana un aderezo, que dijo haberle dado para mi cierta persona, á la cual se le habia yo regalado en otro tiempo...

MARGARITA.

Ese aderezo... que tengo yo ahí?..

CARLOS.

Sí, sí... ese mismo!.. y el miserable le habia robado en casa de un usurero, el judío Nataniel... Y... no tengo fuerzas para acabar... á mí!.. á mí es á quien acusan del robo.

MARQUES.

Gran Dios!

MARGARITA.

¡A tí, Carlos!

CARLOS.

Todas las pruebas están contra mí, porque

Nataniel me vió esta mañana parar la atencion en el aderezo, y querer echarle la mano furioso. Y Ravennes ha tenido la audacia de proponerme la huida, diciendo que era á mí á quien buscaban por mi nombre de artesano, y amenazándome de que haria recaer en mi todo el peso de su crimen... Al oír esto, héme lanzado á él, para hacerle pedazos, y que al menos el castigo empezase por el mas culpable; pero al ruido acudí jente... nos vimos rodeados de soldados... y Ravennes gritó señalándome: «Este es el que ha robado el aderezo del judío Nataniel.» En vano quise contestar al infame; la palabra espiró en mis lábios. Solo tuve fuerzas para desasirme de los soldados, atropellando al uno, dejando parte de mi vestido en manos del otro, y he salido corriendo. He podido llegar hasta aquí; pero en esa refriega con soldados armados, he salido herido, y...

Déjase caer sentado en una silla á la derecha.

MARGARITA.

Gran Dios! su sangre corre.

CARLOS.

Y me vienen persiguiendo. La sangre vá á indicarles el camino de esta casa, y á designar la victima á la justicia que la aguarda.

MARGARITA.

Dios mio!

MARQUES.

Mi hijo preso!.. mi hijo acusado, sentenciado tal vez como ladron!.. Oh! tened piedad de mi razon, Dios mio!

MARGARITA.

Pero es inocente!

MARQUES.

Inocente! y quién lo creerá? cuando se desvuelva á presencia del Tribunal la vergonzosa vida que ha llevado! Y ademias, no es por ventura tan infamante una sospecha como una sentencia en una familia como la nuestra? No, no, tú decias bien... no te queda mas recurso que la muerte.

CARLOS, *con voz desfalleciente.*

Oh! sí, la muerte... Conozco que Dios vá á realizar pronto nuestros deseos.

MARGARITA.

Jente viene! me parece oír ruido de armas... soldados! la casa está cercada! Oh! leváosle.. ocultadle al menos.

MARQUES, *levándosele.*

Ven, ven.

CARLOS, *dejándose arrastrar.*

¡Ah! tantas emociones... esta herida... yo fallezco.

Cae en un asiento de la izquierda.

MARQUES.

Se ha desmayado!.. Oh! no importa... yo le ocultaré á sus ojos.

MARGARITA.

Ya no es tiempo.

Abrese la puerta y aparece un oficial seguido de guardias.

ESCENA XIV.

DICHOS, OFICIAL, GUARDIAS.

OFICIAL, *á los guardias.*

Vedle, aqui está el que ha robado el aderezo, el artesano que buscábamos.

Señala á Carlos que está desmayado.

MARGARITA.

Aqui no hay artesano alguno. El que habeis venido persiguiendo, es un noble caballero á cubierto de toda sospecha.

OFICIAL.

Quién lo prueba?

MARGARITA, *señalando al Marqués.*

Su padre.

OFICIAL.

El Marqués de...

MARQUES, *deteniéndole.*

Silencio! no quiero que suene mi nombre siquiera en causa tan infame.

OFICIAL.

Señor Marqués, nosotros debemos respetar vuestro nombre ciertamente; pero no podemos irnos de aqui sin el delincuente.

MARGARITA.

El delincuente no es él.

OFICIAL.

Y entonces, quién es?

MARGARITA.

No debo dejar que pese por mas tiempo sobre el inocente tan odiosa acusacion... que-

reis saber quién es la persona culpable?... yo soy.

MARQUES, *aparte.*

Qué dice?

MARGARITA.

Si, yo, Margarita Fortier, que habiendo ido esta mañana á vender una cruz al judío Nataniel, me apoderé de ese aderezo.

OFICIAL.

En efecto, segun él ha declarado, fue entonces cuando le echó de menos.

MARGARITA.

Tomad esta llave que siempre llevo encima, entrad en ese cuarto, y en el armario hallareis el aderezo que he robado... yo sola soy la culpable.

El oficial y dos guardias entran en el cuarto.

MARQUES.

Margarita! qué haceis?

MARGARITA.

Le salvo.

MARQUES, *dirigiéndose hácia el cuarto.*

No, no consentiré...

MARGARITA, *deteniéndole y señalando á Carlos.*

Atajad esa sangre... Tendreis valor de entregar á vuestro hijo á la infamia que le aguarda, y que causaria su muerte mas ciertamente que esa herida?

MARQUES, *aparte.*

Mi hijo!.. Oh!.. Si acepto este sacrificio por salvarle, no ha de ser Margarita la víctima.

Oyense en este momento las campanas.

OFICIAL, *volviendo á salir con el aderezo en la mano,*

Margarita Fortier...

Ella hace seña de que le siga.

MARGARITA.

Ya os sigo.

MARQUES, *bajo y deteniéndola.*

Margarita... á vos debo la salvacion de mi honor y de mi hijo... juro delante de Dios, por cuya gloria suenan esas campanas, salvaros tambien y reconocer á toda costa vuestro heróico sacrificio.



ACTO PRIMERO.

El teatro representa el interior de un almacén de modas y lencería. Puertas vidrieras al foro que dan á la calle. Escalera de caracol que comunica con el cuarto principal. Puerta á la derecha.

ESCENA I.

CLARA, *sola*, *cosiendo*.

Aun no ha venido hoy el Capitan... y esta es la hora sin embargo en que todas las compañeras salen á almorzar... y la Señorita Amelia se queda sola conmigo en la tienda... Si la Señora tuviese noticia de estos amores!.. Ella que es tan ríjida sobre el particular... Bien mirado, haría mal, porque el Capitan Gustavo obsequia á Amelia con buen fin!

ESCENA II.

DICHA y FRIQUET, *que ha oído las últimas palabras de Clara*.

Friquet es un jorobadillo que cecca y habla con suma volubilidad.

FRIQUET.

Con buen fin?... Zoiz muy cándida, Clarita!

CLARA.

Y vos muy curioso, Señor practicante del Hospital militar. Miren qué gracia!... acercarse sin sentir para oír lo que está una hablando entre dientes.

FRIQUET.

Repito que zoiz muy cándida, helmoza Clara... Zi ireiz á creer que el Zeñor Gustavo, hijo de un Conde y Capitan de cazaderez de la Guardia, obsequia á la Zeñorita Amelia para cazarze con ella?.. Regla jeneral, hija mia, en loz amarez de loz militares con eoztureraz y moditzaz, no hay buen fin que valga de zalciento para arriba.

CLARA.

Habrás visto lengua de escorpion como la de este hombre!

FRIQUET.

Y luego zi ez verdá lo que ze dice en el barrio... que cuando el Sr. Everard, el difunto epozpo de la Zeñora, ze eazó con ella, la Zeñorita Amelia tenia ya dientez...

CLARA.

Vamos, vamos, callad, ó dareis lugar á que

os saque los ojos con las tijeras... Ahí tenéis las hilas que han hecho las compañeras para vos... si no mirara que son para los pobres heridos, las quemaba ahora mismo... Ea, tomadlas y quitaos de en medio, que estais haciendo falta en el hospital.

FRIQUET.

Ca! no Zeñora, zi ya no hago falta hazta la noche... Ya hice la cura... por la noche, ez otra coza... tengo que velar.

CLARA.

Pues no velareis mucho, porque tendriais mas gana de dormir que de venir aqui á charlar y á quitar el pellejo á los demas.

FRIQUET.

La verdá zea dicha, yo velo durmiendo; en acostumbrándozce ronea uno lo mizmo que zi tal coza, en medio de loz gritoz y de loz reniegos de loz enfermoz que piden algo; yo obzelvo la regla de no conteztarlez aunque ze dezgañiten, porque azi ze canzan de llamar, y ze duermen al cabo... y ya zabeis lo provechozo que ez el zueño para loz enfelmoz...

CLARA.

Vaya, pues me gusta el modo que tenéis de velar... Corazon de piedra!

FRIQUET.

No Zeñora; zi el zervicio ze hace con la mayor puntualidad á pezar de ezo; hay otro que vela, el zupelnumerario, que no eobra zueldo, y por lo mizmo tienc obligaeion de tener maz celo que ninguno... no haya miedo que eze eierre loz ojos en toda la noche... el Gobierno no le dá para dormir.

CLARA.

Callad, eallad, no quiero oír semejantes infamias.

FRIQUET.

Con todo, hay uno á quien rezpondo ziempere que llama... el pobre hombre paza todaz laz nochez delirando zegun cuenta el zupelnumerario... me le han recomendado.

CLARA.

Y quién es?

FRIQUET.

Un marino de la Gualdia, que tiene un zo-

helbio balazo en una pierna... ez un amigo intimo de mi primo, que taubien ha venido de campaña hace poeo, y que và á verle todoz loz diaz.. Vá á verle otro zujeto de muy mal empaque; pero eze ez por la noche; habla con él en voz baja, y me le recomienda mucho, poniéndome zিয়ে un duro en la mano.

CLARA.

Eso es... un enfermo que produce.

FRIQUET.

Tanto por ezo, como por la recomendacion de mi primo, zentiria que al pobre ze le llebaze la trampa en la operacion que le vá á haer Mr. Larrey.

CLARA.

Qué? van á...

FRIQUET, *haciendo la accion de cortar una pierna..*

Friolera!.. van á cortarle... y ya digo, zentiria que zucumbieze á conceueneia de la operacion, zin embargo de que me he de quedar con zu ropa.

CLARA.

Os la deja él?

FRIQUET.

Vamoz, ze conoece que no ezaiz en loz uzoz. Loz militarez que entran y no zalen del hozpital, noz dejan zu ropa, en pago de los cuidados que loz prodigamoz. Cuando digo noz dejan, quiero decir que me la dejan á mi zolo; porque el zupelnumerario jamáz toca á una prenda... ya veiz, ezo ze mira como parte del sueldo... y como el zupelnumerario no tiene ninguno... Pero yo me eztoy aqui, eharla que te eharla, y antes de llevar eztaz hilaz al hozpital, tengo que dar una vuelta por eaza, á ver zi ze le ofrece algo á mi primo y á loz otros enfermoz.

CLARA.

Ah! teneis otros enfermos en vuestra casa.

FRIQUET.

Tengo uno zolo que vale por todoz... Ez un viejo que debe haber zido perzona de arraigo en otro tiempo... pero que ha perdido la chaveta... no hace maz que dizparatar en todo el dia... eze zi que ezta malo de la cabeza!.. Pero ze me olvidaba que mi primo me ha prohibido hablar de él.. de modo que no puedo decir maz, en primer lugar, porque ya zabeiz lo zervado que zoy, y en zegundo, porque no zé maz.

CLARA.

Clito! creo que ha parado un coehe cerca

de aqui... Si será algun encargo de la corte?..

FRIQUET.

No vaiz muy dezeaminada, porque el volante ze dirige hácia la puerta.

~~~~~

ESCENA III.

DICHOS, RAVENNES.

Sale precedido de Juan vestido de volante que le abre las puertas.

FRIQUET.

Zobellbia talla! Ze parece al tambor mayor que murió el otro dia en el hozpital, y cuyo uniforme vendi á un barba por cuatro duroz.

RAVENNES.

Es este el almacén de modas de Mma. Everard?

FRIQUET, *aparte.*

Dónde he oido yo esta voz?

CLARA.

Si Señor, este es el almacén que surte á la corte Imperial, y si deseais ver á Mma. Everard?

RAVENNES.

No hay necesidad de molestarla; la Emperatriz misma me ha designado esta casa, y vengo á encargar unas vistas para una boda.

CLARA.

Entonces, no teneis mas que elejir, Caballero, porque ya sabreis que esta casa es la primera de Paris en gusto y elegancia... De aqui han salido las galas de la Reina Hortensia.

FRIQUET, *aparte.*

Ez particular! cuanto maz le miro...

RAVENNES.

Aqui teneis la nota de los objetos que se desean, y al pie de ella las señas de la casa adonde hay que mandarlos... Quisiera que el envío se hiciese hoy mismo, si es posible.

CLARA, *examinándola.*

Tenemos todo lo que viene marcado; dentro de algunas horas estareis servido.

FRIQUET, *aparte.*

Oh! ez él! no me cabe duda, ez él!.. no ez taba tan bien puezto, pero... (*acercándose*) Caballero... aunque zea dezeortezia...

RAVENNES.

Quién es?

FRIQUET.

No me conoceiz?.. Me parece haberoz vitzo en el hozpital...

RAVENNES, *aparte*.

Cielos! el jorobado del Hozpital Militar (*alto*) Sí, sí... yo soy el que habeis vitzo... visitando á un pobre herido... me interesan mucho los valientes... soy algo filósofo... pero callad.

Le mete en la mano una moneda.

FRIQUET.

Un duro... idéntico.

RAVENNES.

Señora, aqui os dezo mi tarjeta con las señas de mi casa, á la cual se irá á cobrar la cuenta. (*á Friquet*) Hasta la vista, y silencio. (*á Clara despidiéndose*) Cuento con vuestra exactitud.

Vase.

## ESCENA IV.

DICHOS, *excepto* RAVENNES.

FRIQUET.

A ver, á ver la tarjeta de eze Caballero. Calla! y tiene armaz. Famozo blazon... Un leon dolmido, y alrededor eztat palabraz: «Duerme, no le dezperitez!» Zi alguna vez llezo á zer Inzpector jeneral de hozpitalcz, he de adoptar eztat mote... no le dezperitez.

CLARA.

Y cuál es el nombre de ese Caballero?

FRIQUET.

Aqui le teneiz. (*leyendo*) El Conde Federico de Fargiz.

CLARA.

El Conde de Fargis... ese es el mismo apellido del Capitan Gustavo, el que obsequia á la Señorita Amelia.

FRIQUET.

Zerá tal vez zu hijo... mucho me temo que faz talez vizitas zean para la boda del Capitan... venir el mizmo padre á encargarlaz...

CLARA.

Y la Señora que uada sabe de los tales amores, y sospecha que es por mí por quien viene el Capitan... Pobre Señorita Amelia...

FRIQUET.

Fácilmente podemos zalir de la duda. No ha dicho que al pie de la lizta de encargos eztat el nombre de la caza adonde hay que llevarloz?

CLARA.

Veamos. (*Amelia baja por la escalera de la*

*izquierda, Margarita sale á este tiempo por la derecha. Leyendo*) «Se llevarán estas vistas á » casa de la Señorita de Alvimar, de parte del » Baron Gustavo de Fargis.»

AMELIA, *dando un grito*.

Cielos!..

FRIQUET y CLARA, *volviéndose*.

La Zeñorita Amelia.

MARGARITA, *aparte, y mirándola*.

Ese grito?.. qué es esto Dios mio?

## ESCENA V.

DICHOS, MARGARITA, AMELIA.

MARGARITA, *á Clara*.

Qué papel es ese?

CLARA.

Un encargo para unas vistas que acaban de entregarme en este momento.

MARGARITA.

Traed. (*aparte*) El jóven que viene aqui... Qué sospecha! sería por Amelia!.. pero silencio y disimulemos. (*alto*) Es preciso ponerlo todo corriente... (*á Clara*) Subid al almacén y escojed lo que piden... que se pongan todas manos á la obra inmediatamente... mi hija y yo nos quedamos aqui para servir á los que vengan.

CLARA, *bajo, á Friquet*.

La Señorita se ha llevado un buen susto en cuanto oyó el nombre.

FRIQUET.

Ez verdad; pero yo me voy al hozpital á llevar miz hilaz... ez preciso no abuzar del zupernumerario.

Vase por el foro. Clara sube al almacén.

## ESCENA VI.

MARGARITA, AMELIA.

MARGARITA.

Amelia, hija mia, estamos solas... Habla, por qué ha sido ese grito, ese sobresalto al oír el nombre de ese jóven?

AMELIA.

Madre mia!..

MARGARITA.

Oh! habla! habla! yo te lo suplico.



AMELIA.

Le amo... madre mía!

MARGARITA.

A quién?.. á ese Baron de Fargis que vá á casarse... le amas?.. Desventurada!.. y nada me habias dicho.

AMELIA.

Perdonad si os lo he callado, madre mia. Me habiais repetido tantas veces que amar á un hombre de una clase superior á la nuestra era mas que una falta, un crimen... que no me he atrevido á confesarlo... Y luego, cuando yo he sabido su nacimiento, su posición... ya no era tiempo, madre mia... le amaba ya.

MARGARITA.

Qué dices! (*aparte*) Y yo que temia tanto esta desgracia! (*alto*) Pero ese amor... será un cariño pasajero...

AMELIA.

No!.. no, madre mia! ha jurado no cesar sino por mí...

MARGARITA.

Y hoy sin embargo, acaban de encargár en esta casa las vistas para su casamiento con otra.

AMELIA.

Oh! no habrá sido con su consentimiento... estoy segura de ello; ya mas de una vez me ha hablado de que su padre queria casarle con una jóven poderosa y noble, y que hacia los mayores esfuerzos para apresurar su enlace; pero me ha hecho tambien el solemne juramento de no pertenecer á nadie mas que á mí.

MARGARITA, con viveza.

Dios mio! pero tú no sabes, hija desventurada, el tropel de desgracias que tiene que sufrir la que osa oivdar la humilde posición en que recibió el ser... tú no sabes que no hay amor, deberes, ni vínculos, por sagrados que sean, que logren resistir al poderoso embate de la preocupacion... tú no sabes que yo misma...

AMELIA.

Qué decis?

MARGARITA, *aparte*.

Ah! Dios mio! Dios mio! yo me alucino... pero no!.. no! debo continuar... porque esta dolorosa revelacion podrá salvarla tal vez!.. Si, sonrojarme delante de mi hija para evitar mi deshonor... es mi deber! (*alto*) Amelia, escúchame. (*se sientan*) Tambien yo, siendo jóven y sencilla, amé á un noble en mis primeros años... su suerte llegó á verse encadenada á la mía por vínculos indisolubles; porque quie-

ro confesártelo todo... lo he jurado para aterrarte sobre tu porvenir!.. Amelia, tú eres su hija!..

AMELIA.

Que oigo! el Señor Everard?..

MARGARITA.

No era tu padre, pero no ignoraba ni mi yerro ni mis desgracias, y nuestra union fue la jenerosa consecuencia de su piedad hácia mí. (*cesaltándose gradualmente*) Pues bien; lo creerás? Vime un día separada de repente de tu padre; osaron decirme que yo había amado por orgullo, por codicia, al hombre cuya clase y riquezas ignoraba y cuyo verdadero nombre no he llegado á saber nunca... Mas todavia... acusáronle de un delito infame y yo!.. yo!..

AMELIA.

Madre mia!..

MARGARITA, *levantándose y aparte con un grito de horror*.

Oh! no! no! este secreto no!.. es superior á mis fuerzas!..

AMELIA.

Proseguid.

MARGARITA, *turbada*.

Yo... yo logré justificarle de la acusacion que pesaba sobre él... pero todos mis sacrificios fueron estériles y no pude conseguir que se respetasen mis derechos... Carlos desapareció igualmente que su familia, envueltos en la tormenta revolucionaria que estalló poco tiempo despues... Y yo, sin el jeneroso desprendimiento de un protector nacido de una clase mas modesta, del Señor Everard que te adoptó, te dió su apellido y me devolvió el honor... no hubiera podido legarte mas que el oprobio y la indijencia... Amelia!.. yo te lo ruego... evita los yerros de tu madre... Oh! que la infeliz no se vea condenada á verte espiar sus culpas, seria un castigo demasiado cruel.

AMELIA.

Madre mia, aunque el noble corazon y el amor de Gustavo debieran desmentir tan terribles conjeturas os obedeceré, pues así lo quereis!.. No os lo debo á vos todo en el mundo?.. No volveré á ver al que os causa esos recelos... hoy debia venir...

MARGARITA.

Hoy?

AMELIA.

Ya veis que estoy bien decidida á no vol-

verle á ver pues os lo aviso... Recíbidle vos, madre mía y decidle... decidle que ya no le amo.

Vase por la derecha.

ESCENA VII.

MARGARITA, *sola*.

Desventurada hija mía!.. acabo de llenar su corazón de amargura!.. Pero además de los peligros que á ella la amenazaban en esos amores, me estremecía la idea de que la familia de ese Gustavo sondease, para acabarle de disuadir, mi vida pasada, y averiguase la sentencia que pesa aun sobre mí!.. Qué sería de esta infeliz si descubriesen que por mi propia confesion he sido declarada culpable, y detenida en una horrible casa, de la que logré evadirme á favor de los primeros alborotos de la revolucion!.. Ah! el oprobio recaería sobre mi inocente hija!.. Ah! este es justo castigo del cielo, pues solo pensé en Carlos cuando le salvé... olvidé que era madre... las lágrimas de Amelia me lo recuerdan cruchmente en el día.

ESCENA VIII.

MARGARITA, MIGUEL.

MIGUEL, *en traje de marino de la guardia y con gorra de cuartel*.

Ave Maria!

MARGARITA, *aparte*.

Ah! enjuguemos mis lágrimas... (*alto*) Qué mandais?..

MIGUEL.

Una madeja de hilo, si haceis favor.

MARGARITA.

Esta voz...

MIGUEL.

Una made... (*dando algunos pasos atrás con asombro*) San Telmo me valga!.. qué es lo que veo?

MARGARITA.

Miguel!

MIGUEL.

Margarita! pues no es nada? despues de la friolera de diez y ocho años que no nos vemos, os encuentro aqui en esta tienda,

cuando vengo á comprar una madeja de hilo para componer mi uniforme... Voto vá á sanes!.. Que digan luego que no hay justicia de Dios en el mundo!

MARGARITA.

El buen Miguel!

MIGUEL.

Vuestro hermano!.. vuestro hermano siempre... que no ha cesado de pensar en vos por tierra y por mar... Vaya, vaya, es preciso que os dé un abrazo... Venga acá!.. así!.. Quién me habia de decir que habia de tener el gusto de abrazar hoy á mi antigua amiga, á mi buena Margarita Fortier.

MARGARITA, *de pronto*.

Ah! silencio, amigo mio; no me deis jamás ese nombre.

MIGUEL.

Pues no os conocen todos por él?

MARGARITA.

No; soy la viuda de Mr. Everard.

MIGUEL.

Everard!.. calla! pues ese, si mal no me acuerdo no es el nombre de aquel...

MARGARITA.

Oh! aquel no cumplió sus juramentos; pero ha sido mas desgraciado que culpable... algun día os contaré esa historia; básteos saber que Mr. Everard adoptó á su hija.

MIGUEL, *aparte*.

Ya entiendo ahora por qué no la hace gracia que nombren al núm. 1. (*alto*) Con que segun parece, ese otro era todo un hombre de bien?

MARGARITA.

Hombre de bien como vos mismo, Miguel; el Emperador le nombró factor de sus ejércitos.

MIGUEL.

Factor y hombre de bien!.. En qué sentido lo decís?

MARGARITA.

Murió pobre, dejándome apenas con que vivir.

MIGUEL.

Un factor pobre! tambien esa! Pues la tal historia es un prodijio.

MARGARITA.

Era el único que logró merecer la confianza del Emperador.

MIGUEL, *llevándose la mano á la frente*.

Perdone entonces el difunto.

MARGARITA.

A su muerte, envié un recado su Majes-

tad para informarse de mi estado, me señaló una pensión, y me aconsejó que abriese este establecimiento prometiéndome su protección; hizo en efecto, y toda la corte empezó á surtirse de mi casa, siguiendo el ejemplo del amo; obtuve el título de costurera de la Emperatriz, y en el día, gracias á los beneficios del Emperador, mi hija se encuentra al abrigo de la desgracia.

MIGUEL.

Y Miguel os ha hallado por la misma razón; al ver en vuestra muestra las armas imperiales dije para mí: este almacén merece la confianza de la Emperatriz, ya no le falta más que la mía.

MARGARITA.

Pero y vos, amigo mío? qué ha sido de vos desde nuestra separación?

MIGUEL.

Yo! después de haber dado vuelta al mundo, he andado á porrazos con casi todas las naciones de la tierra, y si vivo aun, es gracias á mi amigo Tormenta, que en la última jarana atrapé en un muslo un cierto caso de granada que debía haberse repartido entre los dos. Nos hemos vuelto á encontrar en la compañía de marinos de la Guardia, que es en la que estamos todos los buenos mozos; y como el pobre acaba de ser transportado al Hospital Militar de París, he pedido una licencia, ahora que parece que estamos un poco quietos, y he venido á verle. Tenía además otras razones para entrar en la capital, ya que estaba cerca; en primer lugar el deseo de hallaros, y después cierto negocio... Oh! pero un negocio que raya en historia... y por vida de bríos que lo he de averiguar... ó de perder hasta la cruz!

MARGARITA.

Pero qué asunto es ese de que habláis con tanto calor!

MIGUEL.

Oh! es que tengo para mí que ha de ser alguna infamia de todos los diablos... Es sobre un pobre viejo que ha debido ser muy hombre de bien, allá en su tiempos, y que después le han traído á mal traer, robándole, arruinándole, sentenciándole... qué sé yo?... En fin, todo esto unido á una herida que le ha interesado el cerebro, le ha vuelto el juicio; está loco!

MARGARITA.

Dios mío!.. Y quién es ese anciano?

MIGUEL.

Pues eso es lo que me tiene dado al diablo;

por más que le pregunto... no hay quien le haga decir una palabra acorde, y para saber su nombre he tenido que valerme de una especie de sello, que lleva muy guardado, una baratija como las que usaban los nobles de antaño... Pero qué tonto me ha hecho Dios! os estoy quebrando la cabeza con la historia del viejo, como si á vos os importase... Hablemos de vuestra hija... dónde está, que tengo gana de darla un abrazo... Mirad, ya la quiero sin conocerla.

MARGARITA.

Mi hija, amigo mío, me ha oído hablar muy á menudo de vos, como de un amigo fiel y verdadero!.. tendrá mucho gusto en veros, pero en este momento...

MIGUEL.

Qué? está mala?..

MARGARITA.

No, gracias al cielo; pero un gran disgusto...

MIGUEL.

Cómo qué? pobreilla!..

MARGARITA.

Un jóven... Capitan de cazadores de la Guardia...

MIGUEL.

Buena jente, voto á erikas!

MARGARITA.

Ama á mi hija... y es correspondido.

MIGUEL.

Bien! y qué mal hay en eso?

MARGARITA.

Pero pertenece á una familia ilustre... es rico, y su padre quiere casarle con otra.

MIGUEL.

Ah! demonio! ya entiendo... el viento es contrario.

MARGARITA.

Yo no he sabido nada hasta hoy, ni del amor de mi hija, ni de los proyectos del padre... y estoy esperando á ese jóven para decirle que no vuelva á esta casa.

MIGUEL.

Hareis bien.

MARGARITA.

Sin embargo, confieso que esta entrevista me repugna... siento hacerle un desaire... pero lo que él quiere... (*con intencion*) es imposible.

MIGUEL.

Sí, ya lo veo... tenéis miedo al abordaje... Pues bien, si queréis que yo me encargue de eso...

MARGARITA.

Vos, mi buen Miguel?..

MIGUEL.

Por qué no?... no será la primera vez que he servido de parlamentario... como que cuando hacia de furriel en el regimiento, me encargaban siempre que llevase la voz, por lo suelta que tenía la lengua... Dejadme, dejadme á mí... vereis como doy pasaporte á ese merodeador... al buen militar con pocas palabras basta... licencia absoluta!

MARGARITA.

Bien está... consiento en ello, y os lo agradezco... Él creo que viene... Os encargo, Miguel que le trateis con consideracion... no tengo la menor queja de él.

MIGUEL.

Id despidada que no he corrido tierras en valde... yo sé recibir á la jente.

Vase Margarita por la derecha.

~~~~~

ESCENA IX.

MIGUEL, GUSTAVO.

MIGUEL, *aparte*.

Pobre mujer!.. pues Señor, voy á decir mi sentir claro y sin rodeos al tal oficial... el Emperador manda que respetemos las charreteras, pero la naturaleza manda tambien que respeten ellos á nuestras hijas. Héctele que viene; aquí de la astucia de un soldado viejo.

GUSTAVO, *aparte, al salir*.

Quién será este hombre?

MIGUEL.

Para servir al Señor Capitan... En qué podemos complacerle?

GUSTAVO.

Yo... venia... entraba en este almacén á...

MIGUEL, *aparte*.

Si ahora se le antoja pedir un par de calcetas, si que es ella.

GUSTAVO.

Venia á hablar con Mna. Everard.

MIGUEL.

O mas claro, con su hija!.. Pues Señor, no puede ser por hoy... estoy de centinela á esta puerta.

GUSTAVO.

Pero, qué significa?..

MIGUEL.

Esto significa, mi Capitan, que la madre ha

dado en el iten... y que es demasiado bien criada, lo propio que yo, para plantaros en la calle; pero que me ha encargado os diga, que cuantas veces vengais, me encontrareis aquí para daros conversacion; y que como es natural que eso no os divierta mucho, no os tomeis la molestia de volver mas... esto es. (*aparte*) Me parece que no puede decirse con mas modo, y si todavia se queja...

GUSTAVO.

Cuando no fuera por ese uniforme, hubiera conocido desde luego, camarada, que sois soldado... por vuestro estilo franco y campechano; pero nada de eso me prueba qué derecho tenéis para hablarme así, y solo el padre de Amelia...

MIGUEL.

Su padre... no lo soy, aunque bien hubiera podido serlo... y poco le ha faltado!.. pero haced cuenta que es lo mismo. Y ya que invocais el nombre de su padre, quiero deciros, mi Capitan, que no está bien en un soldado del Emperador, hacer el amor á una jóven honrada, sin contar con nadie, sin hablar á sus padres; que eso raya en seducción; y que no estamos en pais enemigo, donde todo es permitido, porque nunca tenemos arriba de dos horas para seducir; en fin, que si yo tuviese una hija, y un hombre se condujese de ese modo con ella, tendria, voto á brios! que romperse la crisma conmigo, aun cuando fuese el mismo Rey de Westfalia en persona... Perdonad, Capitan, se me fue la lengua... pero este no es asunto del servicio... y yo hacia cuenta que era el padre de la chica el que hablaba...

GUSTAVO.

Pues bien, una vez que es así, os contestaré lo propio que contestaria á su padre. Mi único intento, mi solo deseo es ser marido de Amelia!.. dudar de mis intenciones sería ofenderme.

MIGUEL.

No seré yo quien diga lo contrario; pero es el caso, Capitan, que habeis de saber que si antes hubieseis pedido la mano de Amelia, antes os la hubiesen negado...

GUSTAVO.

Negado!.. y por qué?

MIGUEL.

Porque vuestro padre os ha escogido una esposa de primera calidad... y Amelia ni es rica, ni es noble... y por consiguiente ni vos la convenis á ella, ni ella os conviene á vos... ahí es-

tá! (*aparte*) Le dejé clavado como una pieza de cañon.

GUSTAVO.

Y yo, por mi parte, creía que las terribles lecciones de una revolucion que acaba de nivelar la sociedad entera, elevando hasta el trono Imperial á un Capitan de artilleria, no habian sido inútiles hasta el punto de suponer que una alianza entre la hija de uno de los mas fieles empleados de Napoleon, y un Capitan de sus ejércitos, fuese cosa imposible...

MIGUEL.

Verdad es que la hija de un factor, que ha muerto pobre, y un Capitan de cazadores... pero por otro lado, vuestro padre es noble y rico...

GUSTAVO.

Mi padre es rico en efecto, pero merced á los beneficios del Emperador, que le ha cedido los bienes que pertenecian á uno de nuestros parientes emigrado y muerto en el extranjero. Parte de esos bienes me ha sido asignada á mí directamente por el mismo Emperador. Mi padre podrá tener otras miras sobre mí; pero me asiste tanto mas derecho para oponerme á sus deseos, cuanto que la misma eleccion de esposa que me destina es un argumento contra él... La Señorita de Alvimar es hija de uno de esos hombres de Estado nacidos del pueblo, y que debe sus blasones á uno de los triunfos ó de las conquistas de Napoleon... nobleza reciente con la cual quiere enlazarse en el día la antigua nobleza, nobleza mas esclarecida que otra alguna, porque en ella es el nombre el que dá lustre al título, y no el título el que ilustra al nombre; pero nobleza que ha debido hacer ver á mi padre la nulidad de las rancias genealogías, pues todos esos empolvados pergaminos encuentran en el día su equivalente en un solo decreto premiando á los que alcanzan una victoria.

MIGUEL.

Voto vá! y ya se vé que teneis razon... Seguid, Capitan, seguid!

GUSTAVO.

Ahora á vuestra propia conciencia apelo; decidme si despues de haber turbado la paz de una jóven, por un amor á que en vano se ha querido resistir, hay razon para abandonarla cruelmente, mucho mas cuando esa jóven reúne todas las cualidades que pueden hacer la dicha de un hombre! Ah! si Amelia, si su madre no fuesen dignas de enlazarse á mi familia,

si el honor, primer ídolo de un oficial, se opusiese á esta union... entónces obedecería ciegamente á mi padre... pero Amelia es digna de él y de mí... He jurado que seria mia, y á su despecho, á despecho de la madre de Amelia, de vos mismo, si es preciso... Amelia será la compañera de mi vida.

MIGUEL.

— A despecho mio!.. pero si ahora soy capaz, como Mma. Everard os la niegue, de robarla con vos... Con que no dais cuartel?... Pues mirad, Capitan, sin hacer agravio á vuestra futura, quisiera daros un abrazo.

GUSTAVO.

Ah! con mil amores... dentro de ocho dias Amelia será mi esposa.

MIGUEL.

Y antes si puede ser... pero es preciso ir á consolarla, porque la pobre muchacha está muy triste segun me han dicho.

Dan las diez.

GUSTAVO.

Las diez! no puedo detenerme... tengo audiencia á esta hora con el Emperador.

MIGUEL.

Con el Emperador!.. vaya, vaya, pues id corriendo, ya sabeis que no es amigo de esperar á nadie.

GUSTAVO.

Pero es el caso que quisiera tranquilizar á Amelia.

MIGUEL.

Eh! yo me encargo de eso... id descuidado, y para que nada os falte, allí vá mi bendicion.

GUSTAVO.

Si, sí, corro... porque esta audiencia quizás no sea inútil para nuestra dicha... Hasta la vista... vuelvo en el acto.

MIGUEL.

Con Dios, Capitan... muchas cosas al Emperador... la esposa y los niños... Ahora llamemos á los otros... Eh! Mma. Everard... Amelia! Hola! eh? los de casa!.. todos aqui...

ESCENA X.

AMELIA, MIGUEL, MARGARITA, á pocos CLARA.

MARGARITA

Qué hay?

MIGUEL.

Todo está arreglado... Amelia se casa dentro de ocho días.

MARGARITA.

Qué decís?..

MIGUEL.

Si, hija mia, con Gustavo... Pero venid acá que yo os vea. (*mirando á Amelia*) Un pinito de oro! Him! qué buen gusto tienen los cazadores de la Guardia!.. No extraño que le escuezan tanto el dejarla...

MARGARITA.

Pero qué habeis hecho?.. no habiamos conenido?..

MIGUEL.

Qué! si hemos tenido una conversacion muy larga... Si la hubieseis oido!.. La revolucion ha nivelado la sociedad entera... Vos no habiais pensado en eso, ni yo tampoco... y luego las rancias jencalojias no son mas que pergaminos empolvados... y los partes... y los decretos premiando á los que alcanzan una victoria... lo mismo que los blasones... En una palabra, se ha ido corriendo á ver al Emperador, y vuelve en seguida para esplicaros eso mejor que yo, y él os probará mas claro que la luz, que tiene razon para casarse con vuestra hija.

MARGARITA.

Ah! Miguel! en qué apuro me habeis puesto... qué habeis hecho, Dios mio.

CLARA, *seguida de otras costureras que traen las vistas en un canastillo.*

Señora... Señora... aqui están las vistas que hay que llevar corriendo.

MIGUEL.

Dejadnos en paz... hoy no se trabaja ya... Viento fresco!.. os damos licencia hasta la hora de la lista.

CLARA.

Por qué?

MARGARITA.

Miguel, por Dios.

MIGUEL.

Por qué?.. por qué la Señorita Amelia se casa dentro de ocho días.

TODOS.

Dentro de ocho días?

MIGUEL.

Y yo os convido á todas, á la boda.

TODOS.

Muchas gracias... muchas gracias.

MARGARITA.

Pero Miguel...

CLARA.

Y estas vistas que hay que llevar al momento á casa de la Señorita de Alvimar?

MARGARITA.

Ya lo veis... las han mandado hacer aqui para otra, y yo debo...

MIGUEL.

Dejadme, dejadme á mí... servirán para Amelia.

MARGARITA.

Pero reflexionad en la cólera del Conde de Fargis, cuando sepa que no se han ejecutado sus órdenes.

MIGUEL.

Su cólera... corre de mí cuenta... Ven-ga acá ese canastillo... Voy á arreglarlo todo con la familia del novio... (*cojiendo el canastillo*) Ea, abridme la puerta, y dejad paso á Señorita Miguel, ex-marino de la Guardia, y oficiala de costura en activo servicio, en casa de Mma. Everard y compañía.

Risa de las muchachas.

MARGARITA.

Miguel... en nombre del cielo.

MIGUEL.

No oigo nada... hasta la vista... Volveré con el novio... Ea, á la bayoneta.

Hace una especie de ejercicio con el canastillo y echa á andar, mientras rien las muchachas; al hacer la evolucion deja caer las vistas; todos dan un grito y se precipitan á cojerlas, mientras Margarita permanece pensativa é inmóvil enmedio del teatro.



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un rico salon con muchos retratos de familia. Uno de ellos está cubierto con un velo. Encima de la puerta del foro un leon dormido, y sobre él una corona de Conde, con este exergo: « Duermes, no te despiertes. »

ESCENA I.

RAVENNES, un SECRETARIO, un NOTARIO.

El Notario está sentado delante de una mesa y escribe.

SECRETARIO.

Sí, Señor Conde; el Señor Duque de Alvimar, cuyo Secretario soy, ha tenido que asistir al Senado para votar los cien mil hombres que el Emperador necesita, y me ha enviado á tratar con vos del casamiento de su hija y del Baron de Fargis vuestro hijo.

RAVENNES, *aparte*.

Lo prefiero... así obraré con mas franqueza.

SECRETARIO.

El Duque desea ver efectuado este enlace... Aquí tenéis el nuevo contrato que me ha mandado estender.

RAVENNES.

Veamos.

SECRETARIO.

Espero que hoy quedará todo terminado.

RAVENNES, *después de haber leído*.

Sí... esto es... ha sido aumentada la cantidad. El Duque dota á su hija en seiscientos mil francos; por ese lado todo está corriente. Pero no sé si el Señor Duque os habrá informado de otras dos condiciones necesarias á la tranquilidad y á la dicha de mi hijo.

SECRETARIO.

Sí, Señor Conde; vuestra solicitud se halla en muy buen estado; antes de tres meses seréis administrador de una de las provincias conquistadas.

RAVENNES.

Qué alegría para mi hijo! porque lo que es yo aprecio en su justo valor los títulos, las dignidades... soy un filósofo. En cuanto á la segunda condicion...

SECRETARIO.

El Señor Duque está pronto á acceder á ella, y en vista de los grandes sacrificios que habeis hecho para formar á vuestro hijo un mayoraz-

go, el Duque os dá cuatrocientos mil francos.

RAVENNES.

El Duque me ofrece cuatrocientos mil francos, decís?... bien está, acepto á ojos cerrados, porque es indigno de mí discutir sobre intereses... Con qué, según íbamos diciendo, son cuatrocientos mil francos los que han de abonarse antes de la firma del contrato?... ya sabéis que estas pequeñeces deben quedar entre nosotros.

SECRETARIO.

Sin duda. Es decir, Señor Conde, que ya ningún obstáculo se opone á la realización de este casamiento?

RAVENNES.

Ninguno, Señor Secretario, no le falta el menor requisito... ni aun la desaprobacion jeneral de los nobles salones del barrio de San German... pero yo me cuido tan poco de lo que puedan decir acerca de la desigualdad de este casamiento, como me he cuidado de las hablillas que corrieron sobre el modo que tuve de manifestar el horror que me inspiraba el infame comportamiento del Marqués.

SECRETARIO.

Del Marqués de Fargis, vuestro tío, que fue condenado por haber hecho fusilar á unos prisioneros franceses en territorio extranjero adonde se halla sirviendo contra su país?... qué hieísteis, Señor Conde?

RAVENNES.

Justicia en mi casa, como el Emperador dispuso que se hiciera en los tribunales. Mirad, todos esos retratos son de mi familia, y entre ellos uno solo falta, el del Marqués. Al lado está, sin embargo, el de su hijo Carlos, último vástago de la rama primojénita; pero espereció el año 89 en un duelo, ó asesinado, en fin de muerte violenta. A pesar del borron que su padre, el Marqués, echó sobre el nombre de la familia, he creído de mi deber dejar ahí la imájen de su hijo, para que se vea que solo los traidores han sido eschuidos de ella. Pues á pesar de eso, las Señoras de la antigua corte, han criticado mucho esta resolucion y se han desatado en mal-

diciones contra mí; pero me es indiferente, yo soy filósofo, y firmaré el contrato cuando guste el Señor Duque.

SECRETARIO.

Voy á manifestarle lo que hemos acordado, y tendré el honor de volver á veros inmediatamente. (*aparte*) El Duque tenia empeño en este casamiento, lo he conseguido.

Vase con el Notario.

ESCENA II.

RAVENNES, *solo*.

Ah! bien sabia yo que yendo á explotar las Colonias haria fortuna!.. Oh! la casualidad me ha favorecido mas de lo que yo podia esperar; ella ha hecho que gracias á la carta de Carlos, yo llegase á ser el amigo íntimo del Conde de Fargis; ha hecho que el Conde, desconocido en Francia, despues de haberse librado conmigo de los asesinatos de Santo Domingo, haya perecido víctima de un naufragio; ha hecho que yo, su compañero de fuga, lograsc salvar la vida, é instruido de cuanto á él y á su familia concierne, le viesse perecer cunmedio de la tormenta, y pudiese apoderarme de sus títulos y regresar á la metrópoli para ocupar su puesto en la familia y en la sociedad. El hijo que no habia visto nunca á su padre me reconoció desde luego por tal. Para no tener nada que apetecer, solo me faltaba una cosa, dinero; pero tú no me abandonaste, oh casualidad, providencia de los ambiciosos!.. Llega á mis oidos el asunto del Marqués, la cólera del Emperador; doy pasos, hablo, intrigo, embrollo las cosas con la virtuosa indignacion de un pariente ofendido; el Marqués es sentenciado; y por mediacion de mi hijo, alumno de un colegio militar y muy querido del Emperador, me dirijo á él; le pinto mi situacion, mis desgracias; le imploro en favor de mi Gustavo... Déjase alucinar, me cede los bienes del Marqués, y camino desde aquel momento de prosperidad en prosperidad... y vivo grandemente como un hombre de bien... es tan fácil serlo con enarenta mil libras de renta!

JUAN, *saliendo*.

Una carta para el Señor Conde.

RAVENNES.

Trae. (*Juan se la entrega y se marcha*) De

quién será?... no conozco esta letra... algun importuno sin duda pidiendo que le socorra... no puede uno verse libre de esta jente... Cielos! qué veo! Es de ese Tormenta, marino de la Guardia que servia de marinero en el navio del Conde! el único testigo de mi atrevida sustitucion?... Está en Paris... y mi buena estrella me ha hecho hallarle pobre y enfermo al tiempo de entrar en el hospital. Qué tendrá que escribirme?... Leamos. «Ayer no os he visto en todo el día.» La tal boda me ha traído tan ocupado! «El día de la terrible y dolorosa operacion que tengo que sufrir está »próximo, y como pudiera sucumbir en ella, »es necesario que terminemos á la mayor brevedad nuestro asunto.»—Soy de la misma opinion.—«Deber mio era poner en manos de la »justicia al hombre que se ha apoderado del »título y los bienes del difunto Conde de Fargis; pero sea cualquiera el resultado de la »cruel operacion que me espera, mi pobre »y anciana madre no tiene mas perspectiva »que la miseria; aseguradla la subsistencia »por medio de un contrato de renta vitalicia, »y consiento en callar como hasta aquí; y en »cambio de vuestra donacion os entrego la »declaracion que habia escrito para acusaros »por vuestro verdadero nombre de Ravennes, »y os devuelvo la carta que para disuadirme »de ello me escribisteis.» Si me entregué á él sin defensa por medio de una escuela que hice llegar á sus manos en la antecámara misma del magistrado ante el cual habia ido á delatarne. Ese escrito le contuvo entonces; pero hoy seria una prueba irrecusable contra mí. (*continuando la lectura*) «Todos »estos papeles que llevo ocultos bajo el forro »de mi uniforme y cosidos á la altura del pecho, son vuestros, si quereis, y espero que »Dios me perdone esta mala accion. Os doy »hasta mañana para hacer lo que os pido.» (*trá á sentarse y escribe*) Oh! esta tarde, esta tarde misma tendrá el contrato (*hablando al mismo tiempo que escribe*) se le llevará en cuanto esté estendido.. Oh! bien sabia yo que el cariño que tiene á su madre me salvaria. (*llama y sale Juan*) Esta carta á casa de mi notario, que aguarden á que haga lo que en ella le encargo y que me traigan la contestacion en cuanto esté. Andad.

JUAN.

Señor Conde, ahí traen unas vistas para la Señorita de Alvimar.

RAVENNES.

Aquí? se han equivocado; no es á esta casa, es á la de los de Alvimar, adonde deben llevarlos.

JUAN.

El portador ha dicho que queria entregá-voslas á vos en persona.

RAVENNES.

Bien está... echaré un vistazo. Id corriendo á hacer ese encargo.

~~~~~

ESCENA III.

RAVENNES, y MIGUEL, con la canasta bajo el brazo.

MIGUEL.

Alabado sea Dios!.. Para servir al Señor Conde y compañía; soy yo.

RAVENNES.

Y quién sois vos?

MIGUEL.

Jeneralmente me llamo Miguel, marino de la Guardia, para lo que gustéis; pero ahora soy la doncella de encargos de Mna. de Everard, que viene á traeros un vestuario de novia.

RAVENNES.

Debíais haberle llevado á casa de la Señorita de Alvimar; yo dejé dicho en el almacén...

MIGUEL.

No se trata ahora de eso. (*dejando la canasta*) Ea, hablemos aquí un momento en paz y en gracia de Dios, y respondedme primero francamente. Sois hombre de bien?

RAVENNES.

Señor mio, esa pregunta...

MIGUEL.

Es para dejar á un hombre pegado contra la tapia, convenido... pero vamos al caso que es lo que importa... escuchadme... Pues Señor, Mme. Everard tiene una hija capaz de volver loco á un batallón de la Guardia veterana... vuestro hijo, que es de la moderna, anda que bebe los vientos por ella, y como tiene su alma en su almario, lo propio que cada hijo de vecino, la hace el amor con propósito firme de casarse con ella.

RAVENNES.

Mi hijo!.. Qué significa?.. Seguid.

MIGUEL.

Presente, y vamos al caso... Pues Señor,

la muchacha que ha visto que vuestro hijo es un buen mozo, porque vuestro hijo es un buen mozo, mejorando lo presente, se ha enamorado tambien de él. En una palabra los chicos se quieren que es una bendicion, y ahí teneis la razon por qué no he llevado esos trapos á casa de la otra.

RAVENNES, *aparte*.

Oh! el peligro es menor de lo que yo pensaba... Pero este hombre tiene una candidez que pasma. (*alto*) Y es esto todo lo que teniais que decirme?

MIGUEL.

No he concluido. Lo que he dicho es la primera parte, falta la segunda.—Pues Señor, viendo que los otros decian allá, en casa, que vos no consentiriais jamás en la boda de los muchachos, he querido venir yo de explorador, y al llegar á la puerta de esta casa he dicho para mi sayo: si este es un hombre vano, el verme á mi le agradará, y mi elocuencia natural le decidirá. Cuando yo le hable de aquel anjel de Dios de Amelia, de la buena Madame Everard que es una santa, y de su hijo que no puede vivir si no se casa con la que ama, el buen Señor se enternecerá, dirá que si, y asunto concluido. Esta es la cosa! Aguardo la orden para saber si sois hombre de bien. (*aparte*) Me parece que esto es hablar en forma y á tiempo.

RAVENNES, *aparte*.

El buen hombre lo dice con una fe... Es cosa divertida!

MIGUEL, *aparte*.

Cavila! mi discurso le ha hecho efecto.

RAVENNES.

Decid, buen hombre, habeis venido á decirme formalmente todas esas majaderias que acabais de relatar?

MIGUEL.

Majaderias! cuando os hablo de la felicidad de vuestro hijo...

RAVENNES.

Habia oido contar en efecto, no sé qué de unos amoríos, de una especie de relaciones de guarnicion entre mi lujo y una costurerilla...

MIGUEL.

Relaciones de guarnicion!.. Una costurerilla!..

RAVENNES.

Poco á poco, es de muy mala crianza interrumpir á las personas que nos hacen el honor de dirijirnos la palabra. Voy á daros la respues-

ta... y si quereis, podeis trasmitírsela á Madama Everard, y asimismo á mi hijo. Tengo que deciros pues, que aun cuando el casamiento de Gustavo con la Señorita de Alvimar no estuviere ya decidido, se necesita todo el poco seco de mi hijo, toda la fatuidad de una modista para imaginar tal proyecto, y toda vuestra audacia para venir á anunciármelo.

MIGUEL.

Ola! con qué es ese el tono en que vos lo tomáis?.. pues Señor, bueno...

RAVENNES.

Ya habeis oido mi respuesta; de consiguiente...

MIGUEL.

Pero vos no habeis oido mi réplica, y voy á deciroslo... clarito. Es preciso que deis el permiso para esa boda... Yo he tomado á mi cargo hacerlos decir que sí, y lo direis; ó de lo contrario, no sois hombre de bien... Compondos como querais, yo no disputo mas con vos. De aquí no me muevo.

Se sienta.

RAVENNES.

Bravo!.. pues no se sienta!..

MIGUEL.

Toma! me he sentado delante del Rey de Prusia en persona, con que bien puedo hacerlo delante de vos.

RAVENNES.

Esto ya pasa de raya!.. y si no os marchais al momento, voy...

MIGUEL.

Andad, andad... en otras mas negras me he visto, y no me he asustado por eso.

RAVENNES, enfadado.

Pero en fin...

MIGUEL.

Pero en fin, Señor mio, si pensais echarla por la tremenda y haecid el guapo conmigo, os prevengo que yo tambien sé echarla de terne y comerme los niños erudos.

RAVENNES, aparte.

Válgame la prudencia y la dignidad... será mejor. (alto) Decidme, sabeis leer?

MIGUEL, levantándose.

Vaya una salida!.. He hecho las veces de furriel...

RAVENNES.

Pues bien, mirad encima de esa puerta... Mirad ese leon dormido... son nuestras armas; leed ese exergo, es un aviso á los insolentes

que abusan de nuestra urbanidad. « Du e r me.. » no le despertéis.»

MIGUEL, levantándose bruscamente.

Eh? qué decís?.. No le despertéis... Esas armas (sacando del bolsillo un sello de plata y mirando alternativamente) Sí, sí, eso es.

RAVENNES.

Qué significa?.. que es lo que está mirando?.. Un sello?..

MIGUEL.

Sí, un sello que vos debeis conocer porque tiene las armas de vuestra familia, mirad.

RAVENNES, aparte.

Qué veo!.. las armas de la rama primojénita de los Fargis!.. La cifra del Marqués!..

MIGUEL, aparte.

Cómo se ha inmutado! Será este el hombre que buseo?.. En ese caso, astucia, amigo Miguel, acuérdate que eres soldado de marina porque el amigo debe ser un pillito como una loma.

RAVENNES, aparte.

Pero cómo es que este hombre posee este sello... Si querrá tenderme algun lazo?.. (alto) Amigo mio!..

MIGUEL, aparte.

Hola, su amigo?.. Qué meloso está!

RAVENNES.

Amigo mio, este sello debe haber pertenecido en efecto á uno de mis parientes, al anciano Marqués de Fargis.

MIGUEL, aparte.

Marqués de Fargis... bueno!.. ya sé el nombre del viejo.

RAVENNES.

Pero si algo me sorprende, es verle en el dia en manos de un leal soldado de Napoleon.

MIGUEL.

Y por qué, me quereis decir?

RAVENNES.

Porque dá á sospechar que sois amigo de un traidor.

MIGUEL.

Traidor!... alto ahí!... Los marinos de la Guardia los degüellan, pero no los conocen, voto á brios!

RAVENNES.

El dueño de este sello hizo armas contra su patria, y fusiló á varios prisioneros franceses, entre los cuales se hallaba el valiente coronel Leonardo.

MIGUEL, *aparte*.

Si, le he oído pronunciar ese nombre á menudo. (*alto*) Pero quién ha dicho eso?!

RAVENNES.

Quién? En primer lugar, el Emperador, y despues yo.

MIGUEL.

Vos!.. Vos que érais pariente suyo!.. Famoso rasgo!.. (*aparte*) El pícaro habrá levantado de cascos al Emperador... (*alto*) Y á qué ha sido sentenciado... ese Marqués... ese traidor?

RAVENNES.

A muerte, en cuanto vuelva á poner los pies en Francia.

MIGUEL.

Por intercesion vuestra tambien, como es de suponer?... eso me parece muy justo... un traidor...

RAVENNES.

Y lo que es por mí, con dolor lo confieso... si me viese en el caso de que el Marqués se presentase en esta casa implorando un asilo, creeria de mí deber entregarle inmediatamente á la justicia.

MIGUEL, *aparte*.

Tambien esa; aguarda, aguarda perillan. (*alto*) Oh! no haya miedo de que eso suceda, camarada, el Marqués fue á pasar revista al otro mundo: ha muerto.

RAVENNES.

Muerto! esos rumores han corrido, pero hasta ahora ninguna prueba...

MIGUEL.

El buen hombre murió loco en mis brazos, no lo dudeis.

RAVENNES.

Será posible!.. Oh! entonces es una suerte que nos hayamos encontrado los dos.

MIGUEL, *aparte*.

No lo sabes tú bien.

RAVENNES.

Es decir, valiente veterano, que no tendriais dificultad en certificar la muerte del Marqués...

MIGUEL.

Cómo qué?... Si en eso puedo complaceros.

RAVENNES.

Esta noche vendreis conmigo á casa de mi notario, y declarareis delante de él...

MIGUEL.

Todo lo que queráis. (*aparte*) De aquí á la noche, pienso yo atarte corto.

JUAN, *saliendo*

Señor Conde....

RAVENNES.

Qué es eso?... quién viene á interrumpirnos?

JUAN.

El Secretario del Duque de Alvimar que aguarda al Señor Conde en su despacho.

RAVENNES, *aparte*.

Ah! me traerá sin duda los cuatrocientos mil francos. (*alto*) Voy allá... (*vase Juan*) Me habreis de disimular, un negocio urgente... Con que hasta la noche.

MIGUEL.

Hasta la noche.

RAVENNES.

Puedo contar con vos, no es esto?

MIGUEL.

Hasta morir. (*aparte*) Conozco que si le rompiera yo algo á este hombre, habia de hacerme muy buen provecho.

Vuélvese y corresponde al saludo de Ravennes que se vá.

#### ESCENA IV.

MIGUEL, *solo*.

Vaya un descubrimiento que acabo de hacer!.. Tú has sabido manejar bien el asunto, truan, pero yo te tomaré las vueltas, y no he de parar hasta averiguar la verdad... Se me ha puesto entre ceja y ceja que el tal Conde es un solemne pillo, y es preciso aclarar este embrollo... Voy sin perder tiempo á... (*vuelve y repara en Margarita que sale por el foro*) Margarita! Margarita aqui!

#### ESCENA V.

MARGARITA, MIGUEL.

MARGARITA.

Acabó de recibir una esquela de Gustavo suplicándome que me personase en esta casa con mi hija... pero he venido sola, para evitar á Amelia el disgusto de presenciar mi resistencia á los proyectos de Gustavo; á esos proyectos en que él funda su felicidad y que serian mi perdición; vos que acabais de hablar al

Conde... sabeis ya sin duda cómo yo que... ese casamiento es imposible...

ESCENA VI.

DICHOS, GUSTAVO.

GUSTAVO.

Ese casamiento se efectuará!..

MARGARITA.

Qué decís?

GUSTAVO.

Se efectuará, repito! tengo ahora derecho para llamaros madre. Una voluntad mas fuerte que la vuestra, que la mia, que la de mi propio padre, ha vencido todos los obstáculos.

MARGARITA.

Y qué voluntad es esa?

GUSTAVO.

La del Emperador.

MIGUEL.

Tómate esa!.. Y que no falla.

MARGARITA.

La voluntad del Emperador?.. pero eso es imposible.

MIGUEL.

Qué es eso de imposible?.. cuando él lo dice... Hablad, hablad Capitan, y contadnos todo á paso de carga.

GUSTAVO.

El Emperador tenía que desquitarse conmigo de una deuda contraída hace largo tiempo; pero deuda de esas que Napoleon no olvida nunca.—Cuando hice mi primera campaña tendría yo unos diez y ocho años escasos, y servía á las órdenes de Massena, cuya valiente division se hallaba encerrada en Génova. Fuera de la ciudad teníamos á un lado los Apeninos coronados de baterías austriacas, al otro el mar, en donde se cruzaban los fuegos de la escuadra inglesa; dentro la miseria y el hambre. Bonaparte avanzaba hácia nosotros á la cabeza del ejército de Italia.

MIGUEL.

Presente... allí estaba yo.

GUSTAVO.

Acercábase sin embargo lentamente, porque creia que no teníamos que vencer mas que á hombres; en tan apurada situacion me ofrecí al Jeneral, para ir á noticiar nuestra situacion al primer Cónsul; arrojéme al mar por la noche, pasé á nado por entre los navíos ingle-

ses... hicieron fuego sobre mí, y me hirieron. Alentado sin embargo por el patriótico pensamiento de mi mision, tuve fuerzas para continuar nadando hácia la orilla, dejando detrás de mí, en las olas, un largo sulco de sangre. Logré por último tocar en la orilla; pero allí me aguardaban nuevos riesgos: detenido al tiempo de atravesar las avanzadas austriacas, iba á ser fusilado: un anciano, un francés prisionero, al parecer, me defendió con la mas jenerosa escaltacion. «Basta, les dijo, con las víctimas que habeis hecho, con los cautivos que habeis asesinado, á pesar de las leyes de la guerra.» Y viendo que no le escuchaban, me cubrió con su cuerpo, recibió un balazo disparado contra mí, y cayó á mis pies con el rostro inundado de sangre: oyóse en aquel mismo momento un confuso griterío de los austriacos que eran atacados de improviso. «Huid, dijo el anciano, cumplid vuestro encargo... y si volveis á Francia, de donde estoy desterrado, llevad al menos esta cruz que os hará recordar á un compatriota desgraciado.» No pudo decir mas, pero me alargó su cruz de S. Luis... yo me apoderé de ella...

MIGUEL.

Esceleste viejo... Y quién era ese individuo?

GUSTAVO.

No pude preguntárselo; logré escapar aprovechándome de la confusion, y me reuní con el Jeneral al pie del monte de San Bernardo!

MIGUEL.

En San Bernardo!.. presente... tambien estaba yo allí... Vaya una zarracina! y vaya un frío!

GUSTAVO.

De entonces data la especial proteccion que el Emperador me ha dispensado! Jóven, me dijo al verme, todo lo que pudiese hacer por vos en cualquier ocasion, lo haré; el Cónsul Napoleon Bonaparte, os lo promete. He ido hoy á echarme á sus pies y le he recordado su oferta, se lo he contado todo, mi amor, mis esperanzas; le he dicho: «Señor, vá en ello mi felicidad, mi vida, mi honor mismo!.. Mandad á mi padre elevar hasta él á la hija de uno de vuestros mas fieles servidores, del factor Everard...» Al oír este nombre, el semblante del Emperador, hasta entonces severo, se ha animado con una espresion de bondad. «Si se trata de la hija de Everard, ha dicho, lo tomo todo sobre mí, y me en-

cargo de llenar la distancia que al parecer la separa de vos.» Dicho esto ha mandado á uno de sus secretarios escribir á mi padre, á nombre suyo, y aqui tenéis la carta... Oh! ya veis que mi esperanza no era una ilusion vana... Ya veis que tenia derecho de llamarnos madre mia.

MARGARITA, *que se ha quedado absorta.*

Por qué es tanta mi desdicha, Dios mio!.. Cuanto mayor es mi empeño en ocultar mi afrenta, mayor parece la obstinacion de la suerte en haerla patente á los ojos de todos!.. (*alto*) Señor Baron... escuchadme... ese casamiento...

GUSTAVO.

Hablad.

MIGUEL.

Silencio... aqui viene el padre.

## ESCENA VII.

DICHOS, RAVENNES.

RAVENNES, *aparte.*

Los cuatrocientos mil francos de Alvimar están ya en mi poder... ahora aguardaré con mas paciencia lo demas... (*alto*) Gustavo aqui?.. Quién es esta mujer?

GUSTAVO.

Esta mujer es Mma. Everard que á invitacion mia ha venido aqui.

RAVENNES.

Mma. Everard!.. y habeis osado?..

GUSTAVO.

Llamar á esta casa á la madre de la que en breve vá á ser esposa mia.

RAVENNES.

Y habeis podido pensar ni un momento que yo accederia á tan deseabellado proyecto?

GUSTAVO.

No; pero he ereido que respetareis la voluntad del Emperador que ordena este casamiento.

RAVENNES.

El Emperador?

GUSTAVO.

Ved su carta.

MIGUEL, *aparte.*

Clavadito hasta la última abrazadera.

RAVENNES, *leyendo.*

Si, en efecto... no es ilusion... el Emperador lo ordena.

MIGUEL, *aparte.*

A ver si ahora cerdeas?

RAVENNES, *aparte.*

Pero este casamiento desbarata todos mis planes... destruye todas mis esperanzas... habré de devolver esos cuatrocientos mil francos... renunciar al destino que me ofrecian.

MIGUEL.

Capitula!

RAVENNES, *aparte.*

Y sin embargo la orden del Emperador... cómo resistir á ese hombre, á ese déspota?

MARGARITA, á Ravenes.

Señor Conde... Señor Conde, dignaos oirme un instante, un solo instante.

RAVENNES, *con impaciencia.*

Pero Señora, en este momento...

MARGARITA.

En este momento, sobre todo, caballero... es preciso que yo os hable... pero á vos, á vos solo... No os pesará de haberme escuchado.

RAVENNES, *aparte.*

Qué pretenderá! (*alto*) Una vez que insistís consiento en ello. (*á los otros*) Dejados.

GUSTAVO, á Miguel.

Cuál es su designio?.. No importa; vos entretanto...

Le habla bajo.

MIGUEL.

Eso es, voy corriendo.

GUSTAVO, *con viveza.*

Señora, no olvidéis que mi dicha pende de vos.

## ESCENA VIII.

MARGARITA, RAVENNES.

RAVENNES.

Hablad, Señora, qué queréis?.. para qué es esta entrevista?

MARGARITA.

Quiero, Señor Conde, repetiros lo que tantas veces he dicho á Gustavo; que este casamiento es imposible.

RAVENNES.

Eh!.. qué habeis dicho?..

MARGARITA.

Digo que me uniré á vos para estorbar, por cuantos medios estén á nuestro alcance, este casamiento que bajo otros auspicios, hubiera

colmado todos mis deseos...

RAVENNES.

Pero el Emperador.

MARGARITA.

Conseguidme una audiencia de él, y yo haré que revoque esa orden.

RAVENNES.

Qué revoque está orden... Oh! vos no le conocéis.

MARGARITA.

Haced que yo le vea repito, y...

RAVENNES.

Pero qué podéis decirle? cómo habeis de atreveros á disputar al Emperador el derecho de disponer de vuestro porvenir?

MARGARITA.

El porvenir!.. y que, caballero, el porvenir puede acaso desvanecer lo pasado?

RAVENNES.

Lo pasado.

MARGARITA.

Ah! quizás he dicho mas de lo que debia... Pero, en nombre del cielo, Señor Conde... no desoigáis mis ruegos...

RAVENNES.

No, no, Señora... voy á solicitar esa audiencia del Emperador. (*aparte*) Sí, su turbacion me obliga á creer que una razon poderosa... y... yo no sé... me parece que esa fisonomía no me es desconocida y que en otro tiempo...

MARGARITA.

Cuando gustéis?.. os aguardo...

RAVENNES, *mirándola siempre.*

Sí, sí... voy á satisfacer vuestros deseos... (*aparte*) No hay duda, yo he visto á esta mujer antes de ahora.

## ESCENA IX.

MARGARITA, *sola.*

Sí, se lo confesaré todo al Emperador... Se persuadirá de que no puedo ni debo obligar á nadie á unir un nombre sin tacha al que yo he mancillado, cualquiera que haya sido el sentimiento que me movió á obrar de aquel modo, y por inocente que esté del crimen que pesará para siempre sobre mi cabeza.



## ESCENA X.

GUSTAVO, MARGARITA.

GUSTAVO.

Hablad, Señora, esa entrevista con mi padre.

MARGARITA.

No me preguntéis nada, Gustavo... Soy muy desgraciada, pero ese casamiento... Ah! os lo he dicho... es un sueño que no puede realizarse.

GUSTAVO.

Qué decís?.. Pero por qué demencia!..

MARGARITA.

Compadecedme por el mal que me veo obligada á hacerlos... compadecedme por el silencio que sobre este asunto me veo en la precision de guardar.

GUSTAVO.

Ah! ya es harto sufrimiento!.. No, no quiero creer en nada sino en esa obstinada crueldad que os hace gozaros sin razon, sin pretexto notorio, en la desesperacion de todos nosotros. (*Miguel aparece en el foro y le hace una seña*) Os negais de nuevo á mi súplica?.. pues bien, negaos si os atreveis á las de vuestra misma hija, porque he dispuesto que os la trajesen aqui: vedla.

## ESCENA XI.

DICHOS, MIGUEL, AMELIA.

MIGUEL.

Presentes los dos.

AMELIA.

Madre mia!

GUSTAVO.

Sí, abrazadla, suplicadla, Amelia... Despertad en ella el amor de madre... porque cuando todo se concierta para que seamos felices, cuando mi padre se vé obligado á respetar la voluntad del Emperador, nuestra dicha no tiene mas que un solo enemigo, ciego, implacable... y ese enemigo es vuestra madre!..

AMELIA.

Será cierto?

MIGUEL.

Esas tenemos todavia!..

AMELIA.

Luego queréis la muerte de vuestra hija?

MARGARITA.

Hija mía! hija mía!.. Oh! piedad! piedad!.. callad y compadeceadme... oh! si vosotros su- piseis...

MIGUEL.

Hablad, qué os detiene?

MARGARITA.

No, no, nunca me atreveré! Y sin embargo no soy culpable.

GUSTAVO.

Culpable?.. pero qué es lo que decís?

AMELIA.

Madre mía, madre mía!.. por piedad.

MARGARITA.

Oh! mi razon se ofusca, mi cabeza se eesalta!.. Cárlos! Cárlos! ven á defenderme, tú que sabes mi inocencia!.. Cárlos, tú á quien tanto he amado, y á quien todo se lo he sacri- ficado en este mundo!.. Oyeme!.. levántate del sepulero!.. Yo te he salvado, ven á salvar á mi hija!.. (*fíjanse sus ojos á este tiempo en el retrato de Cárlos y dá un grito terrible*) Ah! él! él!

GUSTAVO.

Qué es lo que tiene?

AMELIA, *acudiendo á su madre.*

Madre mía!

MIGUEL.

Ha perdido la cabeza.

MARGARITA.

Ese retrato... de quién es ese retrato?.. res- ponded.

GUSTAVO.

Del último descendiente de la rama primo- jénita de mi familia, de Cárlos de Fargis.

MARGARITA.

Cárlos!.. Y cuándo ha muerto?

GUSTAVO.

Hace diez y seis años.

MARGARITA.

Él es... oh! él es... Mirad, Miguel.

MIGUEL.

Voto á S. Telmo! En efecto, yo he visto-á ese prójimo antes de ahora.

MARGARITA.

Y el apellido que yo ignoraba era el de Far- gis... y es el mismo apellido de la familia con la cual me proponen que me una en el día... Oh! gracias, Dios mio, gracias.

AMELIA.

Qué dice?

MIGUEL.

Dejadla, dejadla.

MARGARITA.

Oh! el nombre de Fargis, al cual yo he con- servado el honor, por noble que sea, no puede rayar mas alto que el mio.

GUSTAVO.

Qué decís?

MARGARITA.

Digo que no he invocado en vano al único ser que he amado en el mundo antes que á mi hija, digo que aquel á quien he sacrificado el porvenir de Amelia, se me ha aparecido para restituirsele... Sí, ahí le teneis, él es... Nos mira, nos habla! Amelia, es tu padre!..

AMELIA.

Mi padre!

MARGARITA.

Oh! no mas lágrimas ahora!.. no mas te- mores de un porvenir de deshonra!.. La di- eha! la dieha para tí, hija mía... para vos, Gus- tavo, para mí á quien su imájen me abre las puertas de esta casa... porque ahora tengo de- recho de reclamar ese enlaee de que antes te creia indigna!

~~~~~

ESCENA XII.

DICHOS, RAVENNES.

RAVENNES, *saliendo del despacho.*

Y yo tengo derecho para romperle.

MARGARITA.

Qué decís?

GUSTAVO.

Mi padre!..

MIGUEL.

A pesar de la orden del Emperador?.. ya baja!

RAVENNES.

Sí, el Emperador ha ordenado que el jóven representante de la ilustre casa de Fargis se uniese á la hija del factor Everard, creyéndola hija de Everard y esposa digna de Gustavo, no hija bastarda de Margarita Fortier... Margarita Fortier antigua querida de un noble... Marga- rita Fortier, ladrona!..

Amelia dá un grito. Movimiento de Gustavo y Mar- garita.

MIGUEL, *con voz terrible.*

Margarita ladrona... Vive Dios! quién se ha atrevido á decirlo?..

RAVENNES.

Quién se ha atrevido?.. la sentencia que la condena, la sentencia que la impone una pena infamante que aun no ha sufrido y que pesa todavía sobre ella... Sentencia que ha recaído á consecuencia de un testimonio irrecusable... el suyo propio!

AMELIA.

Será posible?.. Oh! no, eso no es verdad.

MIGUEL.

Ya se vé que no es verdad.

RAVENNES.

Que se atreva entonces á sostener lo contrario.

MARGARITA.

No, lo que acabais de decir es la verdad; estoy sentenciada, pero soy inocente, lo juro!..

MIGUEL.

Y todo el mundo os cree.

RAVENNES.

En otro tiempo habeis jurado que érais de inocente... A quién juzgais alucinar con esa inocencia tardía?.. Gustavo, prometisteis obediencia si el honor os prescribía renunciar á la mano de la que amabais... Ahora bien, ya lo sabéis todo.—Llegaría vuestra obcecación hasta querer manchar el blason de los Fargis con el nombre de una mujer escapada de las cárceles públicas?

GUSTAVO.

Qué hacer, Dios mio?.. á quién creer?

MARGARITA.

No, no, es imposible... no puedo consentir que mi hija sea también víctima de un sacrificio cuyas consecuencias creí que alcanzarían á mi sola!.. De un sacrificio que salvó el honor de vuestra familia!.. Y vos os atreveis á rechazarle ahora!.. Sabed que el crimen no lo cometí yo... me acusé á mí misma para librar de la infamia al noble Carlos de Fargis, á quien amaba!.. á Carlos de Fargis, padre de mi hija!..

MIGUEL.

Oh! sí, sí, esa debe ser la verdad.

RAVENNES.

Osareis decir ahora tal vez que Carlos de

Fargis era el culpable?

MARGARITA.

No, gracias al cielo!.. pero todas las pruebas estaban contra él!.. Y el verdadero autor del crimen era un miserable que le habia perdido, un miserable llamado Ravennes.

RAVENNES.

Pues bien, dónde está ese Ravennes?

MARGARITA.

Oh! lo ignoro!.. pero Carlos sabia bien mi inocencia.

RAVENNES.

Sí, mas como no ignorais, Carlos ha muerto... Ya no existe ningun testigo de esa supuesta inocencia.

MARGARITA.

Qué! ni un testigo!.. ni un apoyo! Pero, y el Marqués, el padre de Carlos que me juró reconocer algun dia mi sacrificio, dónde está... qué se ha hecho?

MIGUEL, *aparte*.

Qué dice?.. El Marqués!..

GUSTAVO.

Padre mio, escuchadla.

RAVENNES.

Ese es un nuevo rasgo de audacia é impostura, pues si os atreveis á invocar el testimonio del Marqués, es porque sin duda sabéis como yo, que ha muerto!.. ese hombre os lo habrá dicho.

MARGARITA.

El Marqués muerto!.. El Marqués, mi último apoyo!.. Amelia, hija mia, todo se ha perdido!

MIGUEL, *acercándose rápidamente á ella y á Amelia*.

Oh, no tanto como eso, voto á bríos!

MARGARITA.

Miguel, qué decís?

MIGUEL.

Venid conmigo, venid. (*aparte al cojer las mujeres y mirando al Conde de reojo*) Hum!.. Canalla, ya veremos quién lleva el gato al agua.

Llévase á las mujeres; Gustavo hace un movimiento para seguir las, Ravennes le detiene.



ACTO TERCERO.

El teatro representa una sala modestamente amueblada. Es de noche; encima de la mesa hay una luz. Al rayar el día, se divisa al través de las ventanas la iglesia de San Germain l'Auxerrois. El chacó y el sable de Miguel están sobre una silla.

ESCENA I.

FRIQUET *dormido en un sitial y soñando.*

Zupelnumerario, no oz durmaiz... haced lo que yo... ch?... llama Leandro?... ezo ez diferente... allá voy, allá voy. (*levantándose y abriendo los ojos*) Calla! me he quedado dormido... lo que ez la costumbre... creía eztar velando en el hozpital... Y el viejo, dónde ze ha metido?... (*yendo á mirar á la puerta*) Bravo! azi me guzta... ha ido á echarze zin ceremonia... ezta dormido... Maz quiero ezo que zu charla continua de la cual nunea puedo zacar una palabra en limpio... Me parece que lo que ez ezte no cura ya... unaz vecez le dá por no hablar en todo el dia, y únicamente al oír campanaz pronuncia algunaz palabraz zueltas en tono zolemne... he reparado que ez muy aficienado al toque de campanaz... habrá zido campanero de parroquia, allá cuando jóven... Otraz vecez prorrumpo en gritoz dezafoladoz, ze pone furiozo y nadie bazta á contenerle... Hoy ha zido uno de ezoz diaz... razon por la cual diré otra vez al zupelnumerario que venga á acompañarme... Pero por qué zerá el empeño de mi primo en que nadie zepa que eze pobre viejo ezta aqui? Bien pudiera darze maz priza á volver... ya ez de noche y eztoy haciendo falta en el hozpital!.. Ah! aqui ezta... però no viene zolo.

ESCENA II.

FRIQUET, MIGUEL, MARGARITA, AMELIA.

MIGUEL.

Entrad! entrad. Estais en mi casa! sentaos, Margarita.

FRIQUET, *saludando.*

Señora!..

MIGUEL.

Ah! eres tú, Friquet... Hazme el favor de marcharte.

FRIQUET.

Puez me guzta! (*á media voz*) Pero, y el viejo...

MIGUEL.

Dónde está?..

FRIQUET.

Ahí... en zu cama... durmiendo como un lirón.

MIGUEL.

Bien está, anda al hozpital que aqui no haces falta.

Vase Friquet.

ESCENA III.

MIGUEL, MARGARITA, AMELIA.

MIGUEL.

Ya estamos solos... Serenaos, Margarita... Yo creo en vuestra inocencia, y confío en que Dios volverá por ella, cuando ha dejado con vida al Marqués á pesar de su demencia, y le ha traído á esta casa; porque se halla ahí... durmiendo en esa estancia.

MARGARITA.

Él aquí!

AMELIA.

Bendito seais, Dios mio.

MARGARITA.

Pero, cómo es que?..

MIGUEL.

Oh! es toda una historia!.. aquel asunto que segun os dije me traia á mal traer, y me tenia irritado...—Figuraos que lará unos seis meses íbamos, chana, chana, muy tranquilamente, y sin mas incomodidad que andar á tiros todos los dias, camino de Viena á poner el rancho en la marmita del Emperador de Austria; andando, andando, llegamos á un castillo aislado sobre el cual ondeaba una bandera negra. «Hospital de enemigos, dijo el Capitan; presenten ar!..» Ejecutamos la evolucion y penetramos en el hozpital. Entro yo al frente de todos, como si

hubiera sido por una brecha, y lo primero que veo es un anciano vestido y sentado sobre su cama con la cabeza vendada y que me miraba sonriéndose. Me acerco á él y le hago varias preguntas en un chapurrado de todos los demonios; el buen hombre se echa á reir y no me contesta. Alzo entonces la vista casualmente, y á la cabecera de su cama leo escrito lo siguiente en una tablilla. «Este hombre es francés y se ignora quién sea; está herido gravemente en la cabeza y se halla acometido de enajenacion mental.» Tendi al acabar de leer esto la mano á mi compatriota; pero casi al propio tiempo se oyeron voces de «fuego» por varios lados. En efecto, un incendio devoraba el castillo: apodérome del anciano que seguia riendo, como si tal cosa, échole sobre mis hombros, y atravieso con él por medio de las llamas.

MARGARITA.

Ah! ese rasgo es digno de vos, Miguel.

MIGUEL.

El caso era sério, y los dos salimos chamuscados!.. pero luego que nos vimos fuera, nos encontramos en otro apuro mayor; los austriacos volvian á la carga, habiamos dado en una emboscada... Al ver aquello, descolgué á mi hombre y me puse á hacer fuego como los demas; pero cuál fue mi asombro, cuando volviendo la cabeza para mirar donde estaba el anciano, me le encontré junto á mí, armado con un fusil de uno de los heridos, y despachando cartuchos que era un contento. «Si, tú eres un buen ciudadano, le grité mirándole entusiasmado.» «A ellos!.. Viva la Francia!» contestó él. «Viva el Emperador!» le repliqué yo; pero en aquel momento vino una bala y me dejó tendido en el suelo con el hombro atravesado.

AMELIA.

Oh! continuad... continuad...

MIGUEL.

Me trasportaron á la ambulancia, y de allí al hospital. El anciano me siguió á todas partes sin querer abandonarme; aunque herido él tambien, me asistió como si estuviese en sana razon, y cuando me hallé en estado de ponerme en camino, me vine á Paris con él, partiendo entre los dos el alojamiento y la racion...

MARGARITA.

Y no habeis podido saber quién era?.. no os ha dicho jamás su nombre?..

MIGUEL.

Sí, sí, fácil es eso... cuando se le pregunta su nombre, contesta... «Chit! fusilado!» Cuando intenta uno averiguar quiénes, muda de conversacion y replica estas palabras: «Me lo han quitado todo!..» Lo único que he podido coleccionar de cuanto le he oido, es que debe haber sido acusado de alguna infamia, de haber asesinado franceses, él!.. él que tan bizarramente se ha batido en sus filas.

MARGARITA.

Pero cómo habeis podido sospechar entonces que sea el Marqués de Fargis?

MIGUEL.

Oh! por cierto sello que logré atraparle, y cuya vista ha sobrecojido á ese pícaro Conde, lo cual me ha acabado de afirmar en mis sospechas.

MARGARITA.

Pues no perdamos tiempo, id y despertadle: aunque no he visto mas que una vez sola al Marqués, yo sabré reconocerle si es él... Me oirá, y quizás lograremos que cumpla el juramento que me hizo... Venid, venid, Miguel, y sepamos si es en efecto el Marqués de Fargis.

ESCENA IV.

DICHOS, *el* MARQUÉS.

MARQUES, *acercándose con lentitud.*

Quién me llama?

MARGARITA.

Ah! él es! él es! le reconozco!.. Miradme, Señor Marqués, no me conoceis?

MARQUES.

No.

MARGARITA.

Soy Margarita Fortier.

MARQUES.

Margarita Fortier?.. puede ser.

MARGARITA.

¿Qué? no os dice nada ese nombre?.. no os recuerda ese nombre á Carlos vuestro hijo?

MARQUES.

Silencio!.. le han muerto!.. Carlos murió á manos de Ravennes... en la playa del Havre... No hablemos aqui de él... porque quiere fusilarme á mí tambien.

MARGARITA.

Pero habeis olvidado lo que me jurasteis una

ante, cuando fueron robados aquellos brillantes?..

MARQUES.

«Unos brillantes robados!.. unos brillantes robados, decís?.. Aguardad que me acuerde...»

AMELIA.

Dios mio! volvelle la memoria.

MIGUEL.

Ayudadle Margarita... seguidle hablando.

MARGARITA.

Sí, fue una noche en que yo me acusé de un robo que no habia cometido, para salvar á vuestro hijo...

MARQUES.

Mi hijo!.. Pero no fue mi hijo el que robó los brillantes... no fue él... fue...

MARGARITA.

Acabad... fue...

MARQUES, con terror.

Fue su querida!

MARGARITA.

«Qué oigo! vos, vos también!.. vos, en quien yo esperaba únicamente, os atreveis á decir...»

MARQUES, repitiendo convulsivamente.

Fue su querida, le juro.

MARGARITA.

Soy perdida si este hombre me acusa así.

AMELIA.

Pero no veis, madre mia, que este hombre no os conoce, qué no está en su juicio?

MIGUEL.

Si por cierto!.. El médico nos dijo que recobraría la razon, cuando su herida, antigua ya, pero que habia vuelto á abrirse, se cicatrizase enteramente... Hace mas de ocho dias que lo está, y sus accesos continúan.

MARGARITA.

Pero él... él solo en el mundo puede probar mi inocencia... Dios mio, iluminad su razon!.. Marqués!.. Marqués!.. por piedad, miradme, escuchadme, respondedme. Decid! decid! soy culpable?..

MARQUES.

Voy á escribir al Emperador.

Se acerca á la mesa y escribe.

MARGARITA.

Ah! desvaneciósé toda esperanza, jamás podrá auxiliarme.

MIGUEL.

O por lo menos no será en este momento, porque le ha vuelto la mania... Con esta van ya diez cartas que ha escrito en tres dias al Emperador.

MARQUES, escribiendo.

«Señor, V. M. ha cometido una injusticia.»

MIGUEL.

Ya veis si está loco?.. escribir una cosa así al Emperador.

MARQUES, escribiendo.

«Yo jamás he hecho armas contra la Francia «y mucho menos, mandado fusilar á prisioneros franceses.»

MIGUEL.

Oh! lo que es eso me atrevería á jurarlo sobre mi cruz.

MARQUES, idem.

«Os remito la prueba de lo que digo.»

MIGUEL.

Y dónde está esa prueba?—Oh! tal vez desvaneciéndose sus temores logremos que vuelva á su sano juicio!—Responded... dónde está esa prueba?.. Yo iré á buscarla.

MARQUES, levantándose bruscamente.

A buscarla?.. á quitármela... la única cosa que me resta!.. la prueba de mi honor de caballero, porque todo me lo han quitado, á escepcion de eso... Pero no dareis con ella... la he escondido, la esconderé todavía mas... No la hallareis, no... Aunque me asesinaséis para encontrarla... no la tendreis, no la tendreis nunca!

Métese precipitadamente en su cuarto, cuya puerta cierra con violencia echando el cerrojo.

MIGUEL.

Se ha encerrado. Pobre loco!

MARGARITA.

Oh! hija mia! hija mia!

AMELIA.

Madre desdichada!

MIGUEL.

Eh! no hay que desconsolarse así; precisamente despues de sus accesos, es cuando se queda mas tranquilo y despejado... Aguardad y despues veremos...

ESCENA V.

DICHOS y FRIQUET, que viene jadeando.

FRIQUET.

Primo mio, primo mio... ah! me alegro de que esteis todavía aquí.

MIGUEL.

Qué es eso? qué te trae ahora?

FRIQUET.

Yo?.. vengo á buzcároz.

MIGUEL.

A buscarme, para qué? Vete con una lejon de diablos.

FRIQUET.

No tengo tiempo en ezte momento, otro día pediré licencia para daroz eze guzto... pero ahora no oz negareiz á zeguirme cuando zepaiz que ez Leandro el que oz llama; Leandro á quien eztán operando en ezte momento.

MIGUEL.

Qué dices? en este momento.

FRIQUET.

M. Larrey lo ha decidido azi y eztá pazando el rato con él.

MIGUEL.

Oh! sí, sí, te sigo. Perdonad, Margarita, es preciso que vaya sin falta... es preciso que vaya á acompañarle en ese duro trance que vale por muchas batallas, porque es preciso dejarse hacer pedazos sin ehistar; es preciso que esté á su lado para recibir sus últimas instrucciones en caso de desgracia. Oh! al entrar en niinguna accion he estado tan conmovido como ahora.

MARGARITA, *yendo á Miguel.*

Sereaos, amigo mio.

FRIQUET, *que en todo este tiempo habrá procurado en vano acercarse á Amelia, la dice en voz baja.*

Tomad ezta carta del Capitan Gustavo que acaba de entregarme un laeayo para voz.

La entrega la esuela.

AMELIA.

De él!

MARGARITA.

Marchad, Miguel! es un deber sagrado.

MIGUEL.

Volveré en cuanto la operacion se haya terminado, y quizás el viejo se halle ya mas tranquilo.

AMELIA, *que acaba da abrir y leer la carta despues de un momento de indecision.*

Cielos!

MARGARITA.

Qué tienes, hija mia?

MIGUEL.

Ánimo y hasta luego... al punto estoy de vuelta... Ven Friquet.

FRIQUET, *mirando á Amelia.*

Pobre anjelito! Y tener que marcharme zin zaber por qué llora!

Váñse los dos.

ESCENA VI.

AMELIA, MARGARITA.

MARGARITA.

Lloras, hija mia! Ah! comprendo tu dolor, pero Gustavo resistirá á la voluntad de su padre, te conservará su fé y aguardará á que ese anciano nos haya devuelto el honor.

AMELIA.

No, madre mia, no... Gustavo no resistirá por mas tiempo á la voluntad de su padre... Gustavo no aguardará á que el anciano haya hablado... porque vá á casarse dentro de algunos instantes.

MARGARITA.

No, te engañas.

AMELIA.

Él mismo me lo ha eserito... Tomad, madre mia, yo no sé ocultaros nada... ahí teneis su carta que acaban de entregarme hace un instante; no he leido mas que las primeras lineas, pero ellas bastan á convencerme de mi desgracia.

MARGARITA, *tomando y leyendo.*

«Amelia, todo está dispuesto para que dentro de dos horas me case con la Señorita de Alvimar. El Emperador que cree ahora el crimen de vuestra madre, os retira la proteccion que os dispensaba y me ordena que obedezca á mi padre. Conozco que si no os veo, Amelia, su poderoso influjo logrará arrancarme un sí que habrá de pesarme despues eternamente. Vuestra presencia me hará recobrar toda mi enerjia; un coche os espera á pocos pasos de vuestra casa. Venid, Amelia, venid por piedad, ó nuestra dicha vá á desvanecerse para siempre.» Pobre jóven!.. cuánto te ama! Ah! yo soy, yo, la causa de vuestra desgracia!.. Amelia, de mí es de quien debes separarte!

AMELIA.

Qué decís, madre mia! Ah! el mismo Gustavo no lo consentirá; sabe tan bien como yo que acusaros es una blasfemia, y abandonaros sería un sacrilejio. Sí, huiré de aquí, pero será con vos, para que juntas vayamos á sepultarnos en un rincon de la Francia, donde vuestro sublime sacrificio no podrá atraer de nuevo el oprobio sobre nuestras cabezas.

MARGARITA.

No desesperemos todavía, Miguel vá á volver y ese anciano tal vez...

AMELIA.

Pero olvidais que dentro de una hora Gustavo vá á dar la mano á otra mujer, ahí ante nuestros propios ojos... Ah! huyamos, huyamos de aquí... nuestra casa está cerca y podremos fácilmente hacer saber á Miguel nuestra resolución... pero démonos prisa, porque al pensar que Gustavo me espera, que podría verle todavía, siento que me abandona el valor.

MARGARITA.

Amelia!

AMELIA.

Partamos, madre mía, partamos.

Vanse.

ESCENA VII.

FRIQUET, con un lío debajo del brazo.

Pues Señor, ezto ez hecho, el pobre Leandro ezcichó... un cuarto de hora dezpuetz de la opelacion ze dezmayó en loz brazos de mi primo Miguel, y mientras fui á llamar al médico de guardia «buenaz nochez» ze marchó al otro barrio; encontramos á Miguel llorando y ezcuchando la mano de zu amigo... Yo tambien he llorado... y aun creo que el zupelnumerario ha llorado tambien, y ezo que no le pagan... Viendo aquello me he venido corriendo, zin decir nada á mi primo, para que no llegaze á tralucir la zorpresa que le rezervo... aquí eztá la zorpresa: el uniforme de Leandro con la cruz de la lejion... le vi tirado zobre la cama inmediata, y como dezde que cerró el ojo el amigo, ez propiedad mía, le eché al punto la mano; bien hubiera podido zacar un par de duroz por él, pero he dicho para mí: eza memoria de un antiguo camarada debe zerle grata á mi primo, y por eza vez renunció á miz provechilloz. Guardemoz la cazaca en eza cómoda. (*guarda el uniforme; á este mismo tiempo llamar á la puerta*) Creo que han llamado! quién puede venir á eztat horaz? Adelante, mi marido ha ido á la feria.

ESCENA VIII.

RAVENNES, FRIQUET.

FRIQUET, *aparte*.

Qué veo? el individuo de laz propinaz.

RAVENNES.

Ah! gracias á Dios; soy vos, amiguito?

FRIQUET, *aparte*.Amiguito! (*alto*) Zeñor Conde. (*aparte*) A qué diabloz viene ezte aquí?RAVENNES, *aparte*.

No veo nada... me aseguraron sin embargo que se le había llevado consigo. (*alto*) Mi visita os sorprenderá sin duda, pero vengo del hospital al cual he llegado ya tarde para ver por última vez al desgraciado Leandro, y habiéndome dicho allí vuestra habitación, he venido á informarme inmediatamente.

FRIQUET.

De zí eztaba bien muerto?.. Ay! zí Zeñor, hasta laz uñaz... pero no zin pensar en voz.

RAVENNES, *temeroso*.

Ha hablado de mí?

FRIQUET.

Ha pronunciado muchaz veez vuestro nombre!

RAVENNES.

Y qué ha dicho?

FRIQUET.

Que dezeaba veroz, que le habiaiz hecho una promeza.

RAVENNES.

Y despues de eso?

FRIQUET.

Dezpuetz... Ze ha muerto casi repentinamente.

RAVENNES, *aparte*.

Respiro, no ha dicho nada. (*alto*) Mil gracias, amiguito, por todos esos pormenores que son muy preciosos para mí, pues se trata de un hombre por el cual, como ya sabeis, me interesaba vivamente; yo soy un filósofo, tengo en gran aprecio á los valientes, sea cualquiera la clase á que pertenezcan... y los recuerdos que dejan en pos de sí, recuerdos eternos de las acciones sublimes de que fueron testigos... tengo gusto en formar con ellos un brillante trofeo en mi propia casa; en una palabra, quiero introducir en mis salones la gloria del Imperio.

FRIQUET, *aparte*.

A dónde vendrá á parar ezte?

RAVENNES.

Y para esto voy recojiendo, comprando á peso de oro, los objetos que dejan despues de su muerte; y si el uniforme de Leandro....

FRIQUET.

Zu uniforme?.. Miren qué láztima! parece que el diablo lo hace, ez la única coza que no puedo venderoz.

RAVENNES.

Cómo! os habeis deshecho ya de él?

FRIQUET.

No tal, ez tá ahí, en eza cómoda.

RAVENNES, *aparte*.

No me han engañado. (*alto*) Pues bien, si por un precio moderado, ciento, doscientos francos...

FRIQUET.

Impozible repito. Eza cazaca ez tá deztinada para mi primo, antiguo camarada zuyo... Pero zi teneiz empeno en pozcer algo perteneciente á Leandro, oz puedo vender por el mismo precio doz parez de botínez en buen uzo, y un cuello de camiza, poztizoz.

RAVENNES.

Lo que desee es su uniforme únicamente, y si el precio no os parece suficiente, doblaré la cantidad... os ofrezco cuatrocientos francos.

FRIQUET, *aparte*.

Cuatrocientoz flancoz!.. Hum! algo debe tener de eztraordinario la tal cazaca...

Va á la cómoda, saca el uniforme y le desdobra.

RAVENNES, *aparte*.

Por fin se decide.

FRIQUET, *aparte*.

No la encuentro nada zino que ez maz vieja y maz raída de lo que yo creia... Cuatrocientoz flancoz!.. ezto no ez natural... veamos hazta dónde zube.

RAVENNES.

Vamos, amiguítio, que es eso, qué mirais?

FRIQUET.

Eztoy mirando que cuatrocientoz flancoz por el uniforme de un vetelano de la Gualdía.. por un uniforme que habrá olido la pólvora en Trafalgar y en Wagram...

RAVENNES.

Bueno, pues ochocientos'

FRIQUET.

Ochocientoz flancoz... (*aparte*) Huy! ezto ez zozpechozo. (*alto*) Mirad, para que gaztar

tiempo... quien ha llegado ya hazta ahí puede trar... acomoda?

RAVENNES, *de pronto*.

Mil francos!.. doy por él mil francos.

FRIQUET.

Puez Zeñor... (*aparte*) No hay duda, aquí hay gato encerrado.

RAVENNES.

Está hecho el trato?

FRIQUET.

Eztá hecho... me quedo con él.

RAVENNES.

Qué decís? os quedais con él?

FRIQUET.

Zi por cierto.

RAVENNES.

Os negais á vendérmele?

FRIQUET.

Zi, tengo miz razonez.

RAVENNES, *colérico*.

Razones!.. qué razones?.. pues estará bueno que un trastuelo...

FRIQUET.

Cómo ez ezo?

RAVENNES.

Por qué cuando vengo á proponeros yo mismo?..

FRIQUET.

Porque tengo en gran aprecio á loz valientez... porque tengo guzto en conzervar ezte uniforme para hacer con él un trofeo en miz zalonez.. qué quere is? me ha dado por ahí... Zoy tambien filózofo...

RAVENNES.

Insolente!.. burlarse asi de un hombre de mi especie.

FRIQUET.

Un hombre de vueztra especie que viene de noche á comprar deshechos á caza de un pobre jorobeta! Un noble que ze humilla ante un gaje de hozpital... Vaya que me guzta!.. rezpetar al Zeñor Conde de Fargis!.. (*imitando el grito de los compradores de ropa vieja*) Hay trapo viejo y zombreiroz que vender!!.

RAVENNES.

Con qué es partido resuelto?

FRIQUET.

Un hombre de mi cztofa no se vuelve atrás nunca.

RAVENNES.

Pues bien, yo tambien he tomado mi partido... soy el mas fuerte, y ese uniforme será mio.

FRIQUET.

A zaber... No ez uno practicante de hospital que tiene que verze ezipuesto á zalir de noche á todaz horaz, zin tomar zuz precaucionez; y yo he tomado laz miaz.

RAVENNES, *lanzándose hácia él.*

Ea, ya os lo he dicho, necesito ese uniforme... pronto, venga acá.

FRIQUET, *sacando un cachorrillo.*

Alto ahí, zeor guapo!.. no le tendreiz, porque quereiz armarme alguna zancadilla... Cuando ofrezreiz mil francoz por eze calandrajo, zeñal de que zeria uno tonto en vendérozle... Me lo llevo al hospital para rejiztrarle con cuidado... el zupelnumerario me ayudará, aunque no cobra... voz le habeiz puezto prezio, mañana oz diré yo el mio... Hazta la vizta ezeleztizimo zeñor... traperero.

Vase corriendo.

ESCENA IX.

RAVENNES, *poco despues* JUAN.

RAVENNES.

Se marcha... si descubre los papeles... soy perdido!.. Qué haré? no hay mas medio... *(yendo á la puerta y llamando)* Juan! Juan!

JUAN, *saliendo.*

Señor Conde!

RAVENNES.

Calla y escucha... Quieres ganarte cien napoleones?

JUAN.

En seguida.

RAVENNES.

Es asunto arriesgado y difícil!..

JUAN.

Por cien napoleones?.. nunca!

RAVENNES.

Conoces al jorobadillo del hospital?

JUAN.

Sí, Señor.

RAVENNES.

Acaba de salir de aquí con un lio debajo del brazo... Es preciso seguirle, darle alcance, y apoderarse de ese lio que me pertenece, sin que logre concertarse... afortunadamente no traes librea.

JUAN.

Bueno!.. y en seguida...

RAVENNES.

Te llevarás el lio á casa, y si yo no estoy allí todavía, le quemarás en la chimenea de mi despacho y volverás á darme cuenta.

JUAN.

Es eso todo?

RAVENNES.

Ah! ese hombre lleva armas.

JUAN.

No temais, se le pillará de sorpresa; oh! yo me las compondré con él... Es cosa hecha.

RAVENNES.

Corre. *(vase Juan)* Ah! ojalá consiga lo que quiero... de lo contrario estoy perdido!.. Ahora corramos á mi casa para que me halle allí; si no le encuentro, volveré... Vamos.

ESCENA X.

El MARQUES, RAVENNES.

MARQUES, *yendo á él y cojiéndole.*

Deteneos.

RAVENNES.

Quién es este hombre?

MARQUES, *con fuerza.*

Me habeis pedido la prueba, ahí la tenemos!..

RAVENNES, *atemorizado.*

Qué me quereis?.. dejadme!

MARQUES.

No... no... no os marchareis hasta que hayais tomado esta prueba para llevársela al Emperador, me lo habeis prometido.

RAVENNES.

No he sido yo, dejadme os digo!

MARQUES, *mirándole atentamente.*

No habeis sido vos!.. no... este no es Miguel...

RAVENNES.

Miguel!

MARQUES.

Pero entonces, quién sois vos?

RAVENNES.

Yo soy... soy... *(aparte)* Las miradas de este hombre me dan miedo.

MARQUES.

Quién sois, decid?.. teneis confesarlo?.. Pues yo no temo... y eso que estoy proscrito, que mi cabeza no está segura si hablo.

RAVENNES.

Qué dice?

MARQUES.

Pero poco me importa; revelaré mi nombre, porque soy inocente... soy el Marqués de Fargis.

RAVENNES, *aparte.*

El Marqués de Fargis, en esta casa! vivo!.. Oh! todo lo comprendo... ha hablado de Miguel... Miguel se llama aquel soldado que estuvo en mi casa, y me ha vendido el miserable!

MARQUES.

Si, soy el Marqués de Fargis, á quien han calumniado, arrebatado los bienes, hasta el honor.

RAVENNES, *aparte.*

Esos ojos estraviados... esas palabras inconexas... Ah! sí, este hombre está loco... y se halla en mi poder.

MARQUES.

Pero ay! de los infames!.. tengo una prueba de mi inocencia.

RAVENNES.

Una prueba de su inocencia!.. Sí, hace poco, en efecto, me suplicaba que la tomase y no lo he hecho... ah! soy mas insensato que él.

MARQUES.

Sí, sí, la prueba de mi inocencia, es esta...

Ravennes hace un movimiento espontáneo para cogerla, el Marqués retira la mano.

RAVENNES, *aparte.*

Ese papel... cómo apoderarme de él?.. su imaginacion enferma no debe ser difícil de dominar... (*alto*) Siento que no os hayais desuabiado antes, Señor Marqués de Fargis.

MARQUES, *aparte.*

Marqués de Fargis, sí... soy yo en efecto... me conoce...

RAVENNES.

Porque á vos era á quien venia á buscar aqui...

MARQUES.

A mí?... vos!.. no es verdad!

RAVENNES.

Si por cierto... el Emperador me ha enviado...

MARQUES, *que empieza á darle oídos.*

El Emperador?..

RAVENNES.

Si, el Emperador quiere anular la sentencia que os condena, sabe vuestra inocencia... no aguarda mas que una prueba...

MARQUES.

Una prueba... la tengo.

RAVENNES.

Pues bien, dádmela á mí... que estoy encargado de hacer brillar la verdad á sus ojos...

MARQUES, *con desconfianza.*

Esta prueba... no, no.

RAVENNES.

Entonces, si os negais á entregarme ese escrito, es que nada de lo que contiene es cierto... que es una prueba supuesta...

MARQUES.

Supuesta!.. una declaracion del Coronel Leonardo... herido de muerte, y en la cual certifica, que en vez de ordenar su suplicio, he tratado de librarle de él!.. Que no es cierto este escrito?... tomad, leed vos mismo.

RAVENNES, *tomándole el papel de las manos.*

Sí... sí... teneis razon; esta prueba es, en efecto, decisiva para vos... pero tranquilizaos, voy á ponerla ahora mismo en manos del Emperador... y á ella debereis vuestra salvacion.

MARQUES.

De veras?... me lo prometéis... bajo palabra de Caballero?

RAVENNES.

Os lo juro.

MARQUES, *siéntase y queda absorto.*

Bien está... adios.

RAVENNES.

Adios! (*hace que se vá*) Destruyamos este escrito cuanto antes. (*vuelve y acercándose á la mesa, quema la declaracion*) Pero, es bastante esto? este hombre puede recobrar la razon, y si me viese... los muertos tan solo no vuelven á conocer á nadie... No hay que vacilar... este es un barrio retirado, todavia es de noche, y el rio está ecrea... Este viejo, debilitado por sus padecimientos, se dejará llevar... Sí, eso es. (*alto, y acercándose al Marqués*) Decidme, Señor Marqués...

MARQUES.

Vos! vos todavia aqui!.. no habeis ido á ver al Emperador?

RAVENNES.

No, he reflexionado una cosa... Por qué en vez de poner esa prueba en manos del Emperador, por mi mediacion, no venis á entregársela vos mismo?

MARQUES.

Yo... yo delante del Emperador!..

RAVENNES.

Vos en persona... teneis presentaros á él?

MARQUES.

Oh! no... no!.. me parece por el contrario que sabría hallar palabras en su presencia...

RAVENNES.

Pues bien, venid... no perdamos un momento.

MARQUES.

Sí, eso es... marchemos.

RAVENNES, *aparte*.

Ya es mío! (*alto*) Venid, venid.

~~~~~

ESCENA XI.

DICHOS, MIGUEL, AMELIA, MARGARITA.

MIGUEL.

Atrás!

RAVENNES.

Miguel!

AMELIA, y MARGARITA.

El Conde de Fargis!

MIGUEL.

Ah! ya veis si he hecho bien en no dejaros partir y traeros aquí; llegamos á tiempo... Ola! ola! querias tomarme las vueltas y robarme el viejo, solapado bribon! pero aguarda, te he pillado con la masa en las manos y aquí tengo un chisme que es el único para escarmentar ladrones.

Vá á cojer el sable y tira de él.

AMELIA.

Ah! piedad!

MARGARITA.

Deteneos, Miguel; que vais á hacer?

MIGUEL.

Lo que él queria hacer con el pobre viejo, voto al infierno!

MARGARITA.

Deteneos, os digo; porque de ese hombre dependen aun la felicidad y la vida de mi hija.

RAVENNES, *aparte*.

Me salvé.

MARGARITA.

Señor Conde, Dios sin duda nos ha reunido aquí á los tres... Os he dicho que soy inocente, y ved ahí un testigo que os lo probará!

RAVENNES, *aparte*.

Serenidad. (*alto*) Quién? ese anciano? Por ventura puede servir el testimonio de un loco! No, nada puede retardar ya el casamiento que

vá á efectuarse; (*ruido de campanas*) y escuchad, escuchad, oís esas camponas?

MARQUES, *que habia vuelto á caer sentado, levantándose*.

Las campanas! las campanas.

RAVENNES.

Esas campanas que repican como para una funcion solemne, anuncian que el Baron Gustavo de Fargis vá á unirse con la Señorita de Alvimar, al rayar el día; anuncian que vá á cumplirse la voluntad del Emperador.

MARQUES.

Esas campanas... es la noche de Navidad!

MARGARITA.

La noche de Navidad! Se acuerda... (*á Ravenes*) Señor, Señor, escuchad... Dios vá á completar su obra! (*acercándose al Marqués*) «Margarita! á vos debo la salvacion de mi honor y de mi hijo... Juro delante de Dios por »cuya gloria suenan esas campanas, reconozco »á toda costa vuestro heroico sacrificio!..»

MARQUES.

Silencio!.. no fuisteis vos la que dijo eso... he sido yo...

MARGARITA.

Sí, vos fuisteis quien lo dijo á Margarita Fortier.

MARQUES.

Sí... á...

MARGARITA.

Á Margarita Fortier que acababa de salvar el honor de vuestro nombre.

MARQUES.

Sí! sí!

MARGARITA.

De atribuirse el crimen que iba á eubrir de infamia á vuestro Carlos.

MARQUES.

A mi Carlos, sí, sí.

MARGARITA.

Pues bien, esa Margarita Fortier, á quien tanto debéis, mirad, mirad, soy yo...

MARQUES.

Tú!.. aguardad... sí... creo recordar... la nube que ofusca mi vista se disipa... sí, tú fuiste... tú fuiste, en efecto la que nos salvaste, Margarita! ah! Ven á mis brazos! á mis brazos!

MIGUEL.

Ahí!! á la bayoneta!!

MARGARITA.

Oidme, Señor, ahora, para recompensarme, me rechazan de vuestra familia; mi hija, la

hija de Carlos es reputada por hija de una ladrona... Me ordenan su perdición, su deshonra, su muerte, y obligan á vuestro sobrino que la ama con delirio, á casarse con otra mujer.

MARQUES.

Ese enlace no se verificará; esa union es injusta, imposible, porque se oponen á ella los deberes de la gratitud.

MARGARITA, *al Marqués.*

Pero, no oís esas campanas?.. esas campanas anuncian el casamiento, anuncian la muerte de mi hija.

MARQUES.

Ese enlace no se efectuará, repito! Yo, el mas antiguo representante de esta noble familia, le prohibo y voy á estorbarle... (*á Amelia*) Hija de Carlos Fargis, hija mia, ven, sígueme á la Iglesia donde te usurpan tu puesto... Nadie me detendrá, porque la voz de Dios se ha dejado oír al través del toque de esas campanas! porque su espíritu ha reanimado mi apagada inteligencia, su mano es la que me guia... Plaza al Marqués de Fargis y á su hija!

Vase llevándose á Amelia.

## ESCENA XII.

DICHOS, *excepto Amelia y el Marqués.*

MIGUEL.

Ah! el dia de la justicia ha llegado por fin.

RAVENNES.

Sí, para él! porque está proscrito, condenado á muerte, y se halla cercana su última hora.

Va á marcharse precipitadamente.

MIGUEL, *cerrándole el paso.*

Dónde vais?

MARGARITA.

A delatar sin duda al Marqués... Detenedle, Miguel.

MIGUEL, *desnudando el sable y presentándolo-sele al pecho; el Conde dá algunos pasos atrás.*

Alto ahí, si dáis un paso, os atravieso. (*óyese tocar marcha en la calle*) Bravo! el Emperador sale de Tullerías y vá á la revista... Pasad, Margarita. (*señalándola la puerta para que se marche. Margarita sale*) Animo que todo no se ha perdido, vamos á

echarnos á sus pies... (*al Conde*) Y vos entretanto...

CONDE.

Qué, pretendéis hacer?

MIGUEL, *dirigiéndose hácia la puerta.*

Qué? dejaros ahí... buenas noches.

Oyese echar la llave por fuera.

## ESCENA XIII.

RAVENNES, *solo.*

Ah! se marcha y me deja encerrado... Infame!.. Cómo evadirme?.. cómo estorbar el escándalo que vá á dar el Marqués?.. Oh! esta ventana... (*abre la ventana*) es una elevacion espantosa!.. Qué veo?.. un inmenso jentío ocupa la calle... el Marqués ha salido sin duda en el momento en que pasaba el Emperador, y se ha arrojado á sus pies... Cielos! soy perdido!.. le alza del suelo... Gustavo que se halla presente le estrecha en sus brazos...—Qué significa ese abrazo?... dónde ha podido conocer al Marqués?.. Ah! porque no me hallo yo ahí para confundirlos á todos... daré voces...—Pero qué miro? no es aquel que levanta la vista hácia aqui, Juan, mi lacayo?.. Sí, él es... me mira... le haré señas... (*haciéndole señas con el pañuelo*) Aqui.. aqui... mi fiel criado... (*retírase de la ventana*) Mas ahora que pienso, le habrá salido bien lo del uniforme... ó me habrá vendido quizás?.. Ah! oigo subir... siento pasos. (*con alegría*) Ya está aqui!

## ESCENA XIV.

RAVENNES, JUAN.

JUAN, *dentro.*

Señor, Señor, abrid.

RAVENNES.

Me es imposible, Juan, el infame Miguel me ha encerrado... Ayúdame á violentar esta puerta... busca un instrumento cualquiera.

JUAN, *idem.*

Mi palo servirá.

Despues de varios esfuerzos por ambos lados cede la puerta.

RAVENNES, á Juan al entrar.

Ah! ya estoy libre... Dime sin tardar... y el uniforme?

JUAN.

Hecho pavesas.

RAVENNES.

Y el jorobado?

JUAN.

Se resistió, pero ha llevado una buena solfa. Roberto, otro lacayo amigo mio, me ha ayudado á sacudirle.

RAVENNES.

Bien, no hay que perder tiempo. (*vá á la mesa y escribe unas líneas*) Vé sin detenerte á casa del Prefecto de policía, entrégale de mi parte este aviso, y di que aqui se halla la mujer que deben prender... Anda, no te detengas. (*vase Juan*) Y yo ahora á perder al Marqués... Los únicos indicios que podian revelar mi verdadero nacimiento han sido destruidos por Juan; la pérdida del Marqués acabará por hacerme para siempre el verdadero Conde de Fargis.

Dirijese hácia la puerta y se presenta Gustavo.

#### ESCENA XV.

RAVENNES, GUSTAVO.

GUSTAVO.

Padre mio! padre mio!.. Miguel me ha dicho que os hallábais aqui y vengo á anunciaros que el Marqués se ha salvado.

RAVENNES.

Salvado!.. qué decís! (*con temor*) Acaso ha ballado alguna prueba de su inocencia?..

GUSTAVO.

No, no ha podido presentar prueba alguna, pero otro testimonio ha venido á probarla.

RAVENNES.

Cuál?

GUSTAVO.

El mio.

RAVENNES.

El vuestro!

GUSTAVO.

El mio!.. Era mas que un deber, era una deuda... Vos no sabeis, padre mio!.. el Marqués á quien acusaban de haber hecho fusilar unos prisioneros franceses, es el mismo que en Italia se precipitó delante de los fusiles

preparados contra mi, compatriota suyo, pero desconocido entonces para él... Por proteger mi vida aventuré la suya... por mí recibí en la cabeza esa gloriosa herida que le ha tenido privado de la razon!.. Pero Dios no ha permitido que ella fuese causa de que le arrebatasen el honor... Le he visto al tiempo de subir las gradas de la Iglesia: testigo de su justificacion en el momento en que invocaba á los pies del Emperador, el testimonio de un oficial francés libertado por él; de un oficial á quien habia entregado su cruz de San Luis, me he arrojado en sus brazos enseñándosela... y he logrado salvar á tan noble acusado. El Emperador le ha perdonado, y este perdón debe sernos tanto mas grato, cuanto que en él vá envuelta la rehabilitacion de Margarita Fortier, á quien debemos como espacion, la felicidad de su hija.

RAVENNES.

Antes deis vos obedecer á vuestro padre... y os mando que me saqueis del compromiso que he contraido con la familia de Alvimar.

GUSTAVO.

Qué decís, padre mio?

RAVENNES.

Mi resolucion es irrevocable. (*aparte*) Este casamiento es la única esperanza que me queda.

GUSTAVO.

Ah! en vano es que invoqueis el sagrado nombre de padre... Si es cierto que la naturaleza os le ha dado, veo con dolor que jamás habeis sentido hácia mí el cariño de tal... Por eso tal vez yo mismo, lo confieso con rubor, me he acusado muchas veces de no profesaros el ciego respeto que hácia un padre debe sentirse. Ahora conozco que vuestra crueldad, vuestro inflexible carácter han motivado esta indiferencia, este estrañamiento en mí, y quiero deciros que Dios me castigará si mi resistencia es criminal... pero que estoy dispuesto á desobedeceros, si cesijís por mas tiempo ese enlace.

#### ESCENA XVI.

DICHOS, el MARQUES apoyado en MIGUEL, y seguido de MARGARITA y AMELIA.

MARQUES.

Gustavo!

Llévate Miguel hasta el sillón.

RAVENNES, *aparte*.

El Marqués!.. Margarita! no nos turbemos.

MARQUES.

Gustavo!.. os vuelvo á ver!.. Venid, venid á mi lado.. tantas emociones!.. tantos esfuerzos para reunir mis ideas han abrumado de tal modo mi débil razon, que temo vuelva á abandonarme... Dadme, Dios mio, el juicio suficiente para vengar á mi pobre hijo... á mi pobre hijo asesinado!

TODOS.

Asesinado.

MARQUES.

Si, por el infame Ravennes.

RAVENNES, *aparte*.

Cielos!

MARQUES.

Si, asesinado en la playa del Havre, cuando iba á estorbar la fuga del infame... (*dirijiéndose á Margarita*) Apenas se vió curado de la herida que le hicieron los soldados, quiso salvaros obligando á Ravennes á confesar su crimen... pero el vil le apartó de la orilla, prometiendo satisfacerle, y le asesinó alevosamente... Yo tuve noticia, aunque tarde, de aquel funesto encuentro, y acudí de noche á la playa... acompañado de algunos criados... encontramos á Carlos espirante y perdiendo su sangre por una mortal herida... El infame Ravennes habia podido embarcarse... y ya estaba lejos.

MARGARITA.

Gran Dios! pereció por salvarme.

MARQUES.

Ningun medio omití para descubrir al asesino de mi hijo; pero la revolucion estalló por aquel tiempo... me vi proscrito... tuve que espatriarme... y desde que he vuelto á entrar en Francia, hoy por primera vez he recobrado la razon y la libertad. Oh! pero estais vosotros aqui, amigos míos, y me ayudareis á buscar al autor de todos nuestros males... á vengar á Carlos.

MARGARITA.

Ah! es un sueño lo que me pasa!.. El Marqués libre... perdonado!.. Voy á ver á mi hija feliz y enlazada con el que ama... Oh! temo morir de alegría. Pero que ruido!.. Cielos! un Comisario!.. Jendarmes!



ESCENA XVII.

DICHOS, un COMISARIO, JENDARMES.

COMISARIO.

Quién de estas Señoras, es Margarita Fortier?

MARGARITA, *con temor*.

Ese es mi nombre.

COMISARIO.

Margarita Fortier, condenada por robo á diez años de reclusion, á la marca, y á la exposicion, tengo orden de prenderos y llevaros nuevamente á la cárcel, de donde os evadisteis antes de cumplir vuestra condena.

MARGARITA.

Gran Dios!.. á mí! á mí!

ABELLA, *yendo á defenderla*.

Madre mia!

MARQUES.

Señor Comisario, esta mujer es inocente del crimen que se la imputa... Yo, Marqués de Fargis, estoy pronto á declarar en su favor, acusando de ese crimen al llamado Ravennes, verdadero autor del robo.

COMISARIO.

Permitid que os diga, Señor Marqués, que si no acompañais pruebas, vuestra declaracion es inútil, y no bastará á detener el curso de la justicia.

MARQUES.

Cielos! pero para estorbar tan gran injusticia, qué es lo que debemos hacer? Aconsejadnos, Señor, aconsejadnos.

COMISARIO.

Designar á la justicia el verdadero criminal, puesto que, segun decís, sabeis quien es.

MARQUES.

El verdadero criminal?.. y cómo averiguar dónde se oculta?.. cómo descubrirle? (*como asaltado de una idea*) Ah! pero ahora que reflexiono... El Conde de Fargis, mi sobrino, á quien yo amaba á la par de mi hijo, podrá tal vez... Ravennes el asesino se fugó á Santo Domingo... ha debido conocerle, verle allí... Llévame, Gustavo, llévame adonde está tu padre.

GUSTAVO, *presentándole al Conde*.

Venid, padre mio, venid y decid al Marqués.

MARQUES.

El!.. él!.. mi sobrino! el Conde de Fargis!

Yo mismo!

RAVENNES.

Vos!.. es imposible.

MARQUES.

Qué dice?

TODOS.

Oh! no, no! vos no sois el que yo ví hace veinte y cinco años... A pesar del tiempo y de la ausencia... conservaría alguna idea... algun recuerdo.

MIGUEL, *aparte*.

Si tendremos alguna otra hazaña?..

MARQUES.

Yo no os conozco.

RAVENNES.

Yo por mí os conozco perfectamente, Señor Marqués... permitidme que atribuya á efecto de vuestra enfermedad, ese olvido total de mi persona que ahora manifestais.

MARQUES.

Será cierto, Dios mio!.. y mi memoria débil todavía... No importa... si sois el Conde de Fargis, debéis haber conocido en Santo Domingo á un tal Ravennes.

RAVENNES.

En efecto, ese sujeto me fué eficazmente recomendado por vuestro hijo Cárlos.

MARGARITA.

Pues bien, hablad, Señor Conde, hablad!.. ese Ravennes qué se ha hecho?

RAVENNES.

Murió como un valiente ante mis propios ojos, batiéndose contra los negros insurjentes.

TODOS.

Muerto!

COMISARIO.

Ya lo veis, Señor Marqués, el tiempo se pasa y mi obligación...

MARQUES.

Oh! un momento! un momento todavía (*á Ravennes*) Conde, esta mujer es inocente... se ha sacrificado por salvar el honor de los Fargis... Yo os lo ruego... unios á mí para obtener una próroga.

GUSTAVO.

Padre mio!

RAVENNES.

Yo nada puedo!

MARQUES.

Pero vuestro influjo, vuestras instancias...

RAVENNES.

Nada puedo os digo.

MARQUES.

Oh! ya es por demas!.. os negais á interesaros por la que ha salvado el honor de nuestro nombre... permanecéis sordo á la súplica de un anciano... á la desesperacion de vuestro hijo!.. Ah! vos os parecís en el corazón á un Fargis, ni mas ni menos que os parecís en la fisonomía... Sois un impostor!.. vos no sois el Conde de Fargis!..

RAVENNES.

Señor Marqués!..

ESCENA VII.

DICHOS, FRIQUET, *sale todo descoyuntado y lleno de vendas.*

FRIQUET.

No, no lo zoiz, ropavejero, apaleador.

TODOS.

Friquet!

RAVENNES.

Insolente!.. os atreveis?..

FRIQUET.

Oh! bien os habeiz atrevido voz á mandarme dar una paliza que no me han dejado hueso zano... pero por fortuna no han podido tocarme á la lengua, y la tengo muy zuelta, y puedo contar todo lo que zé punto por punto.

MIGUEL.

Pues dílo pronto, voto al diablo.

FRIQUET.

El zupelnumerario que me ha puezto unaz comprezaz en loz verdugonz, ez el mizmo que ze quedaba á velar todaz laz nochez á Tormenta. Acabo de interrogarle zobre lo que decía cuando empezaba á delirar... y decía que el Conde de Fargiz no era tal Conde, que era un bribon de ziete zuelaz!.. uno que se llamaba... aguardad... Ravennes.

TODOS.

Ravennes!

RAVENNES.

Qué infamia!.. Y dónde están las pruebas?.. las pruebas?

FRIQUET.

Ah! alzaiz el gallo porque zabeiz mejor que nadie donde eztaban... laz dichoaz pruebas;

figuraoz que laz tenia yo zin zaberlo... que me he negado á vendérzelaz, y que me laz ha hecho quitar á la fuerza, dándome en cambio una paliza tremenda... ze laz habrán traído y laz habrá hecho pedazoz.

RAVENNES.

Los tribunales ante los cuales recurriré en breve me vengarán de tanta calunnia.

MIGUEL.

Pero dónde diablos estaban esas pruebas?

FRIQUET.

Creo que Tormenta emmedio del delirio, ze llevaba la mano al pecho, como zi tuviese loz papelez allí... pero como el uniforme de Leandro ze ha perdido...

MIGUEL.

Ah!! qué es perder? no se ha perdido!.. le cambió con el mio momentos antes de morir... para dejarme esa memoria... Su uniforme es este... (*desabrochándose el uniforme*) Sí, aquí toco papeles... vedlos... una declaracion de Tormenta... una carta de Ravennes. Es vuestra misma letra Señor Conde de Fargis.

RAVENNES.

Soy perdido!

MIGUEL, *al Comisario.*

A ver, Caballero, una vez que habeis venido, tened la bondad de agarrar al Señor... es el Ravennes que buscábamos... Cuando yo decia que no érais hombre de bien.

RAVENNES.

Oh rabia... si pudiera...

Ravennes hace un movimiento para escaparse, Miguel le coje de un lado y Friquet del otro.

FRIQUET.

Poco á poco, Señor trapero... De ezta no ezcapaiz?.. A mi me han molido vuestroz criadoz loz huezoz, pero la paliza oz ha de coztar el gazuete.

Los de policia rodean á Ravennes y se le llevan.

MARQUES.

Margarita, prometí reconocer vuestro jeneroso sacrificio. El cielo ha escuchado mis ardientes súplicas, he cumplido mi juramento, y he vengado á mi hijo.

FIN DE EL SECRETO DE UNA MADRE.

# LIBRERÍA DE ANTONINO ROMERO

Calle de Preciados, núm. 23.—Madrid

ESCORIAL A LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

Ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

**Juan Noguera Camocchia**

Un tomo en 8.º en cartón.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicadores hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

**D. Juan Landa,**

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

## EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las recetas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

**Angel Muro.**

Decimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutos de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas. Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

HISTORIA

POLITICA Y DIPLOMATICA

desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros dias

(1776-1895)

por

**DON JERÓNIMO BECKER**

Esta obra, que acaba de ponerse á la venta, contiene en amplio y fiel extracto los principales tratados; examina con imparcialidad la historia de éstos; señala sus defectos y expone con minuciosos detalles lo referente á las relaciones exteriores de España, siendo, por tanto, de gran interés para conocer de un modo exacto el aspecto diplomático de la cuestión cubana.

Un tomo en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACION

DE LAS

LEYES DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

por

LA MAJESTAD CATOLICA DEL REY CARLOS II

Quinta edición, corregida y aprobada por la Sala de Indias del Tribunal Supremo de Justicia, con la aprobación de la Regencia provisional del reino.

Cuatro tomos en folio, 50 pesetas.

## BIBLIOFILOS ESPAÑOLES

Colección completa de todos los tomos publicados por esta sociedad, de que se hallan la mayor parte agotados. Van publicados 38 tomos en 4.º.—Precio, 900 pesetas. También hay tomos sueltos.

